[3621]

# CERVANTES,

## DRAMA APOLOGÉTICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

Estrenado en el teatro de Novedades el dia 9 de Octubre de 1861, aniversario del natalicio del Príncipe de los ingenios españoles,

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

| PERSONAJES. | ACTORES. |
|---|---|
| DOÑA CATALINA PALACIOS DE SALAZAR..... | Sras. Rodriguez. |
| LEONELA, su doncella..... | Romeral. |
| MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA..... | Sres. Alba. |
| D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS..... | Cortés. |
| D. PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO, Conde de Lemos..... | Bermonet. |
| D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS..... | Iroba. |
| D. ALONSO DE AVELLANEDA. | Sanchez. |
| D. CRISTOBAL SUAREZ DE FIGUEROA..... | Mesejo. |
| D. VICENTE ESPINEL..... | Olaso. |
| CRISTOBAL DE AVENDAÑO... | Mare. |
| EL DOCTOR FRANCISCO NUÑEZ..... | Detrell. |
| GIL PEREZ, hostelero..... | Hernandez |
| PAJE..... | Diez. |

Damas, caballeros, pajes, ujieres, alguaciles, guardias, pueblo.

---

Madrid, en 1616. La accion empieza el 22 de Abril á la caida de la tarde, y fina el dia siguiente á las ocho de la noche.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

860.82
Sp24
v.362

REMOTE STORAGE

Á MI BUENA AMIGA

# Doña Maria Rodriguez.

La historia de esta produccion, primera que presento al público madrileño, casi es tan triste como la del pobre *Manco de Lepanto*: al dedicarla á V. cumplo juntamente con la amistad y la gratitud.

Jamás la violeta que brota en los primeros dias de primavera puede compararse con el brillante clavel de los estios: sin embargo, lo que el clavel guarda en aromas, tiene la violeta en humildades.

Reciba la distinguida actriz esta débil muestra de afecto de su mas humilde admirador y amigo

Joaquin Comeo y Benedicto.

Madrid, Octubre 7 de 1861.

Gen. Reserve

# ACTO PRIMERO.

El teatro representa el patio de la hosteria *del Halcon de oro* en la plazuela de Jesus. En el fondo un arco grande que dá paso á un zaguan, y del que hay pendiente un gran farol. En segundo término y á derecha é izquierda dos puertas, á las que se sube por unas graditas; la de la derecha comunica á un cuarto de la hosteria; la de la izquierda á una calle, y está cerrada: la entrada al interior y dependencias de la hosteria figuran hallarse en la derecha é izquierda del zaguan. Una mesa y varios bancos y sillones de baqueta espareidos por la escena.

## ESCENA PRIMERA.

AVELLANEDA, FIGUEROA y ESPINEL aparecen en el centro de la escena rodeados á una mesa y escuchando con atencion á AVENDAÑO, que sentado como todos, está leyendo un manuscrito. Sobre la mesa hay un jarro, un vaso con vino, tintero y papel.

AVEND. (Lee.) «Dá, Tello, á Elvira la mano
»para que pagues la ofensa
»con ser su esposo, y despues
»que te corten la cabeza,
»podrá casarse con Sancho
»con la mitad de tu hacienda
»en dote; y vos, Feliciana,
»sereis dama de la reina,

»en tanto que os doy marido
»conforme á vuestra nobleza.
»¡Temblando estoy! ¡Gran Señor!
»Y aqui acaba la comedia
»del mejor Alcalde el Rey:
»perdonad las faltas nuestras.» [1]

(Cerrando el manuscrito y dirigiéndose á los que le escuchan, con aire satisfecho.)

¿Qué decis?

ESPINEL. ¡Brava funcion!

FIGUER. ¡De don Lope obra maestra!

AVELL. La comedia es una joya,
acaso la mas perfecta
de cuantas creó la pluma
del *Fénix* de nuestras letras.

AVEND. Es un portento, señores,
el ingenio del gran Vega:
limpio lucero que sale
en nuestra abatida escena,
disipando con sus rayos
de la noche las tinieblas.
¿Qué dirian Juan Naharro,
Vicente Gil y la Cueva,
si al arte que ellos mecieron
convertido en hombre vieran?
Si los ojos de los muertos
tras el sepulcro penetran
y las voces que dá el mundo
hasta sus cóncavos llegan,
ya habrán caido sobre Lope
las bendiciones de Rueda.
¿Y qué me decis de Castro?

AVELL. Que es un ingenio que empieza.

AVEND. ¿Y de Sanchez?

AVELL. Que promete
ser algo... cuando Dios quiera.

AVEND. ¿Y de Virues?

AVELL. Que tiene
bastante con sus comedias
para que el mundo... le olvide

---

1 *El mejor Alcalde el Rey*, comedia de Lope de Vega.

y los versos aborrezca.
AVEND. ¿Y de Miguel de Cervantes?
AVELL. Que es un grande ingenio á medias.
AVEND. ¿Pero sus obras?...
AVELL. Si, son
como su brazo, imperfectas.
FIGUER. ¡Ya que no sabe hacer versos
hace libros de simplezas!
ESPINEL. ¿Y á qué aspirará ese necio
con su insustancial poema?
AVELL. Á que Amadis y Esplandian
se levanten de la huesa,
y cobren en sus espaldas
los insultos de su lengua.
AVEND. *El Quijote*, sin embargo,
algunos sabios lo aprueban.
AVELL. Sabios, que aunque sabios son,
sábiamente nunca aciertan,
y no saben que el saber
sabiendo, tambien se yerra.
AVEND. El vulgo aplaude *El Quijote*.
AVELL. Tambien silba sus *comedias*;
de sus novelas se burla,
que aunque ejemplares apestan;
de lejos saluda á *Pérsiles*
y olvida la *Galatea*.—
Cristóbal, desengañaos;
Maese Miguel no lo acierta,
y si quiere conseguir
salir pronto de pobreza,
mala carrera ha tomado,
con mala fortuna juega,
que los aires del Parnaso
mudables son, y en la puerta
del templo de Apolo estan
las musas de centinela,
doncellas antojadizas,
porque á la fin...
AVEND. ¡Son doncellas!
ESPINEL. Dicen que sus juventudes
de aventuras estan llenas,
y en todo tiempo el destino

le miró con faz severa.

AVELL. Y tanto; pues de su suerte
sufrimos las consecuencias,
que el balazo de Lepanto
le trastornó la mollera,
y con sus libros de farsas
quiere trastornar las nuestras.
(Todos rien.)

AVEND. ¡Callad, señores, callad!
un comediante os lo ruega,
que aunque en cuestiones de libros
es nula su inteligencia;
no puede escuchar con calma
tales ultrajes y ofensas.
Respetad á ese lisiado
y pobre viejo poeta,
en cuya frente se miran
brillar del genio las huellas.

AVELL. Huellas del tiempo direis,
que en su frente se revelan,
pues mis ojos muchas veces
se han fijado en su cabeza,
y en vez de la luz del genio
vulgares canas encuentran. (Risas.)

AVEND. ¿Eso pensais?

AVELL. Eso pienso,
y como yo muchos piensan.

AVEND. ¿Y acaso no lo habeis dicho?
¿tambien los sabios no yerran?

AVELL. ¿Tan malo juzgais al mundo
que se revele á la ciencia?

AVEND. El mundo en busca de flores
vá caminando su senda,
y allí donde sus matices
á sus ojos no se muestran,
pasa de largo, sin ver
que acaso un tesoro deja
bajo lo que en un principio
juzgó una capa de arena.

FIGUER. ¡Oh, rey de los comediantes!
¿sois filósofo y poeta?

AVEND. De andar siempre entre claveles

algun perfume se pega.
AVELL. Buen paladin tiene en vos
maese Miguel: si os oyera,
que recibierais no dudo
la debida recompensa.
AVEND. La alabanza por el premio,
mas que alabanza, es bajeza.
FIGUER. Dias hace que á Cervantes
como antes no se le encuentra
en San Blas, ni en la Florida,
ni en el corral de comedias.
AVELL. Se hallará perfeccionando
algun precioso poema
ó algun comedion, que os llene
de plata las faltriqueras. (Á Avendaño.)
AVEND. Viviendo está en estrecheces,
y su miseria se aumenta
desde que se unió á esa niña
que tiene por compañera.
ESPINEL. El viejo Saturno y Flora:
¡el ciprés y la violeta!
FIGUER. ¿Y dónde encontró esa joya
que ha engarzado en su diadema?
AVELL. De Esquivias, lugar famoso,
segun él mismo nos cuenta.
Diz que abandonada y sola
quedó esa niña en la tierra,
y el lisiado por salvarla
casóse al punto con ella.
ESPINEL. ¿Quién ganaria en el trato,
el galan ó la doncella?
FIGUER. ¡Casarse habiendo conventos!
ESPINEL. ¡Qué desgracia!
AVELL. ¡Qué inocencia!
AVEND. (¡Qué cabezas tan henchidas
y qué deslenguadas lenguas!)
Vóime con vuestro permiso (Se levanta.)
al corral de la Pacheca
á disponer los ensayos
de esta famosa comedia.
AVELL. Id con Dios, y recibid
de todos la enhorabuena

por los triunfos que os prepara
esa produccion de Vega.
Id con Dios, y al buen Cervantes
mirad un poco de cerca,
y vereis lo exagerada
que ha sido vuestra defensa,
pues el genio mengua ó crece
segun y quien le contempla,
y donde oro creyó hallarse
tal vez oropel se encuentra.

AVEND. ¡Adios, señores!

TODOS. ¡Adios!

AVEND. (Al salir.)
¡Oh vil y humana miseria!
¡Cuántas envidias ocultas,
cuántas infamias encierras:
cuántos como estos al mundo
presentas como eminencias!
(Váse por el fondo.)

## ESCENA II.

DICHOS, menos AVENDAÑO. Luego GIL, y despues VILLEGAS.

ESPINEL. ¡Corrido vá!

AVELL. ¡Linda maza
el buen Avendaño lleva!

FIGUER. Siempre vuestro humor envidio.

AVELL. No es humor, es humareda
que muchos dando estornudos
aprisa de mí se alejan.
Yo no sé, mas solo gozo
cuando soltando la lengua
expongo, cuento ó descubro
nuestras humanas miserias.

FIGUER. Sois *non plus ultra* de corros
y *factotum* de tabernas.

ESPINEL. Estar sério á vuestro lado
por imposible tuviera.

AVELL. Gústame correr las calles,
los paseos, las iglesias,
los corrales, las tertulias;

vuela mi planta ligera
desde el *Prado* al *Mentidero*,
de las *Gradas* á la *Vega*,
y mi inspiracion la encienden
festejos, duelos, quimeras.

FIGUER. Sois segundo don Francisco
de Quevedo y de Villegas.

AVELL. ¡Quevedo! volvió por fin
ya de cumplir la sentencia
que por dar muerte á un Mendoza
su majestad le impusiera;
mas teme que los parientes
del muerto venguen la ofensa.
Por eso en esta hosteria
aislado como una dueña
habita.

GIL. (Saliendo por el fondo.)
Al señor Alonso
Fernandez de Avellaneda
busca aqui fuera un hidalgo.

AVELL. Pase en buen hora quien sea.

GIL. (Á Villegas, que aparece por el fondo.)
Entrad, entrad, caballero,
por aqui.

VILLEG. (Adelantándose.) ¡Alonso!

AVELL. (Corriendo á sus brazos.) ¡Villegas!

ESPINEL. ¡Qué veo!

FIGUER. ¡Dulce momento!
(Se levantan y corren á él, que les tiende los brazos.)

VILLEG. Llegad, amigos, llegad,
en brazos de la amistad
dichoso y feliz me siento.

AVELL. ¡Oh, felicidad completa!
¿será cierto que tenemos
y tras tanto tiempo vemos
á nuestro gentil poeta?
¿Cuándo de Italia has llegado?

VILLEG. Há poco: con el de Lemos
á nuestra patria volvemos.

AVELL ¿Su vireinato ha dejado?
¿Cayó Lemos del favor?

VILLEG. Antes mas favor le espera,
pues es de la Italia entera
nombrado gobernador,
y á prestar el juramento
vino...
AVELL. Y tú le acompañaste.
¿Nuestro cariño olvidaste?
VILLEG. No le abandoné un momento:
(Volviéndose á sus compañeros.)
la desgracia que la suerte
me deparó...
FIGUER. No ignoramos.
AVELL. ¡Y todos juntos lloramos
de tu buen padre la muerte!
Senda es que de varios modos
debemos al fin seguir,
pues la ciencia del vivir
guarda una ley para todos.
VILLEG. Dos años hace que á España
por Italia abandoné,
pero á España no olvidé
en aquella tierra extraña.
En ella me encuentro ya
por la desgracia llamado.
AVELL. Puede que el rigor del hado
en bien se torne quizá.
VILLEG. ¡Imposible! mi penar
no halla consuelo.
AVELL. Veremos;
nosotros quizá le hallemos.
VILLEG. Difícil es de encontrar.
AVELL. Mas olvidar debes hoy...
VILLEG. ¡Olvidar!... ¡viene despacio!
FIGUER. ¿Nos veremos en palacio?
AVELL. Nos veremos.
FIGUER. Allí voy.
ESPINEL. Don Lope tambien espera.
AVELL. Muy presto nosotros vamos.
ESPINEL. Pues esperando quedamos,
don Alonso, en la Carrera.
VILLEG. Siempre á mi cariño fiel
me tendreis.

ESPINEL. Lo mismo digo:
adios, don Alonso.
AVELL. ¡Amigo!!
FIGUER. Quedad con Dios.
VILLEG. ¡Id con él!
(Dánse las manos y se van por el foro.)

## ESCENA III.

VILLEGAS, AVELLANEDA, luego GIL PEREZ.

AVELL. Viéndolo estoy y lo dudo;
mas solos estamos ya,
permíteles á mis brazos
que te vuelvan á estrechar.
VILLEG. ¡Hermano! (Triste.)
AVELL. Mis reflexiones
tan estériles serán
que no logren la tristeza
de tu semblante ahuyentar?
Todos un padre lloramos,
mas es don de la amistad
prestar consuelo á las penas
y los llantos enjugar.
VILLEG. Hay fieros llantos que abrasan
como el fuego de un volcan,
dejando en el rostro surcos
que no se borran jamás;
lágrimas vierte á raudales
mi fiel cariño filial,
mas la sábia Providencia
ha querido decretar
que hasta el árbol de esperanza
su sombra me niegue ya.
AVELL. ¿Qué dices, Esteban?
VILLEG. Sabes
mi nobleza y calidad,
las riquezas, los honores
que en torno á mi cuna estan:
pues bien, ¿lo creerás, Alonso?
¡soy muy desgraciado!
AVELL. ¡Bah!
no comprendo...

VILLEG. Tú no ignoras
que hace dos años no mas
en una mujer cifraba
toda mi felicidad.
Era mi amante una niña
de hermosura celestial,
ángel puro é inocente
de antiguo y noble solar,
pero privada de hacienda
por el destino fatal.
Viendo mi padre el exceso
de tal pasion, alcanzar
pudo que el rey don Felipe
pusiese su autoridad;
mandóme el monarca al punto
á Nápoles trasladar
agregado al vireinato
que le representa allá;
yo sumiso y obediente,
torné de nuevo á jurar
amor eterno; mi amante
hízome promesa igual,
lloró, suspiré, partí,
el alma dejéme acá.
Suspirando las ausencias
dos años miré pasar:
muerto mi padre, á esta tierra,
alzado el destierro ya,
vengo ansioso; el pensamiento
revélase á mi pesar;
lleno de fé y de ilusion,
con un criado no mas
llego á Esquivias.
AVELL. ¡Desgraciado!
VILLEG. Sus calles logro pisar;
me detengo ante el porton
del palacio señorial,
sobre el cual se vé el escudo
del blason de Salazar;
miro la reja que un dia
vió nuestra felicidad;
el corazon en el pecho

oprímese á mi pesar;
llamo; nadie me responde:
pregunto á la vecindad,
y dardos son las noticias
que los vecinos me dan:
¡ya no hay virtud en el mundo,
ni amor!

AVELL. ¡Pero sí amistad!

VILLEG. ¡Catalina está casada!
¿Conoces infamia igual?

AVELL. ¡Casada!

VILLEG. Muertos sus padres,
sumida en triste horfandad,
valor no tuvo, y á un viejo
unióse en lazo fatal.
Él será rico: á la córte
dicen que la trajo ya...
¡Oh! ¡si antes amor ansiaba
venganza ansio y no mas!

AVELL. Quizá el destino te vengue,
y ese tu ángel celestial
con lágrimas su perjurio
hoy expiando estará.

VILLEG. ¡Cómo! ¿sabes el villano
quién es? Pronto, ¿dónde está?
¿Tiene riquezas?

AVELL. Ninguna;
solo las del padre Adan.

VILLEG. (Sorprendido.)
¡Es pobre!

AVELL. Que aspira á rico
y á poderoso quizá.

VILLEG. ¿Qué sitio ocupa en la córte?

AVELL. El sitio... de mendigar,
pues tras de los protectores
como Celestina vá,
y con embrollos de pluma
posicion quiere alcanzar.

VILLEG. (Con desden.)
¿Es ministril?

AVELL. Es poeta,
mas sus conceptos acá,

aunque mucho los exprime,
no le suministran pan.

VILLEG. ¿Nómbrase?

AVELL. Miguel Cervantes.

VILLEG. ¿El anciano militar
que regocijo de musas
algunos llaman?

AVELL. Cabal:
el autor de ese poema
insípido, insustancial,
que yo con mi docta pluma
héme propuesto imitar,
bien seguro que el asunto
no poco me deberá. (Con fatuidad.)

VILLEG. (Sin atenderle.)
¡Casada con él, Dios mio!
¡es un misterio fatal!
Si un momento yo lograse
verla, hablarla... uno no mas...
¡qué feliz fuera con ello!

AVELL. ¡Barata felicidad!
(Corre á la mesa, escribe unos renglones con precipitacion y cierra el papel.)

VILLEG. ¿Qué intentas?

AVELL. Cumplir tu gusto;
déjame un punto y verás.
¡Hola! ¡Gil Perez! (Llama.)

GIL. (Dentro.) ¡Señor!
(Sale por el fondo con una luz, que deja sobre la mesa.)
¿Teneis algo que mandar?

AVELL. ¿Tú conoces á Cervantes?

GIL. ¿Quién no le conocerá,
si el ingenio y la desgracia
en él juntados estan?

AVELL. ¿Vive cerca?

GIL. Si, en la calle
de Francos; pero vais mal
para encontrarle, pues hoy
fuera de Madrid está.

LOS DOS. ¿Cómo?

GIL. Ayer vino á la tienda,

como acostumbra, á pasar
un rato de distraccion
con gente alegre y sagaz,
y díjome que marchaba
el mismo dia al lugar
de Esquivias, donde debia
hacer cobros de un censal,
y hasta pasado mañana
no vendria por acá;
pues queria despedirse
de los vecinos de allá,
á causa de que al sepulcro
le empuja su enfermedad.

AVELL. ¿Y qué mal tiene?

GIL. Hidropético.

AVELL. Será hidrópico.

GIL. Cabal.

AVELL. (Á Villegas.)
(El cielo nos favorece.)

VILLEG. ¿Pero qué intentas?

AVELL. Lograr
el alivio para tí.
(Á Gil.)
Escucha: ¿se encontrará
quien entregue este papel
á su esposa, sin tardar,
mediante un escudo de oro?

GIL. (Con codicia, toma el dinero y el papel.)
¡Un escudo! ¡Bah! ¡Damian!
(Llama. Sale un muchacho por el fondo. Gil le habla al oido y le dá el papel.)

AVELL. (Á Villegas.)
(El oro todo lo puede.)

GIL. (Al mozo, que se vá precipitado por el fondo.)
Corre, y propina tendrás.
Ya podeis contar que se halla
en sus manos. (Á Avellaneda.)

AVELL. Bien está.
Oye tú ahora; un escudo
te se dió por trasportar
ese papel á otras manos:
dóite dos escudos mas

si nos prestas un momento
este patio.

GIL. ¡San Millan!
tenedle toda la noche
si ella le necesitais.

AVELL. Es que libres esas puertas
de curiosos han de estar.

GIL. Libres, señor, yo lo fio.

AVELL. Escucha, ¿y adónde dá
esta?... (Señala la puerta izquierda.)

GIL. Á la calle del Fucar,
mas casi no se usa ya.

AVELL. ¿Hay quien estorbe allá dentro?

GIL. Nádie: lo puedo jurar.

AVELL. Está bien: toma y despacha.
(Le dá dos escudos.)

GIL. ¡Excelencias! (¡Bueno vá!
toros y cañas preparan;
linda la funcion será.
Pero pagan: y esto basta;
no hay ciencia como callar.)

## ESCENA IV.

VILLEGAS, AVELLANEDA, luego CATALINA y LEONELA con mantos: noche; el farol ilumina la escena.

VILLEG. ¿Será tiempo que me digas
qué intentas con este plan?

AVELL. Catalina vá á venir.

VILLEG. ¿Qué dices?

AVELL. ¡No tardará!
Fingida carta era aquella,
que llenándola de afan,
le hará creer que su marido
herido se encuentra acá.
¿Es buen plan?

VILLEG. Pero repara...

AVELL. No es tiempo de reparar:
¿de qué me sirviera á fé
el renombre que me dan,
si no inventara un embrollo

que cure tu enfermedad?
VILLEG. Alguien se acerca:
AVELL. Ellas son:
no temas, soy tu guardian.
(Catalina y Leonela cubiertas con los mantos aparecen temerosas por la puerta del fondo.)
CATAL. ¡Qué tenebrosa que está la noche!
¿mi Leonela, llegamos ya?
LEONELA. Esta es la casa.
CATAL. Pregunta luego
en qué aposento mi esposo está.
LEONELA. (Entrando y viéndolos.)
¡Hay dos hidalgos!...
AVELL. Bien por las damas,
que el rostro ocultan de serafin,
cual sus perfumes y su blancura
tras de la grama vela el jazmin.
CATAL. ¡Ay, Leonela, yo tengo miedo!
LEONELA. Miedo importuno teneis á fé.
VILLEG. (¡Cuánto la adoro!)
CATAL. Tiemblo y vacilo.
LEONELA. Por vuestro esposo preguntaré.
¿Sabeis, señores, dónde se encuentra
un pobre herido que aqui llegó?
CATAL. Decid, hidalgos, os lo suplica
su esposa ahora.
AVELL. (Bien lo creyó.)
Venid, señora, llegais á punto;
de tal aviso la causa fuí,
el pobre herido por quien vinisteis
muerto de amores se encuentra aqui.
LEONELA. ¡Engaño ha sido!
CATAL. ¡Cielos! ¡Qué escucho!
LEONELA. ¿Cuál es, hidalgos, vuestra intencion?
AVELL. Juntar ahora dos corazones
que antes unia tierna pasion.
(Avellaneda empuja á Villegas hácia Catalina, y él vá á detener á la doncella, con la cual está en animada conversacion durante lo que sigue, en segundo término.)
CATAL. (Al verle.)
¡Buen Dios! ¡Esteban!

VILLEG. ¡Mi Catalina!
¡Ángel de amores!
CATAL. (Con dolor.) ¿Será verdad?
VILLEG. Dime, ¿no es cierto, paloma hermosa,
que es la suprema felicidad?
¡Oh, de la dicha dulce momento
que ya perdido mi afan lloró!
Nadie, mi vida, cual yo en el mund
tanto cariño te consagró.
CATAL. (Durante esta escena lucha consigo misma.)
Delirio loco que el alma enferma
sin duda evoca por vuestro mal,
estoy casada y oir no puedo...
(Queriendo marcharse para ocultar su turbacion.)
VILLEG. (Como despertando de su enajenacion.)
¡Casada, cierto, verdad fatal!
Yo en tus promesas, necio, fiaba,
y entre ilusiones me adormecí,
¡ay! cuán ajeno yo me veia
de las infamias que encuentro aqui.
CATAL. (¡Dios, dadme fuerzas!)
VILLEG. Pero no creo
que abrigue un pecho tan ruin traicion;
si infiel has sido, causas habria;
vindica al menos tu corazon.
Habla, responde.
CATAL. Huérfana y sola,
muertos mis padres, allá quedé,
y entre los brazos de un hombre honrado
buscando amparo me refugié.
VILLEG. ¡Triste locura!
CATAL. Era el destino
que el padre á la hija le decretó.
VILLEG. ¡Un pobre viejo!
CATAL. ¡Que fiel me adora!
VILLEG. ¡Casi un mendigo!
CATAL. Que pan me dió.
VILLEG. Una palabra púes, una sola
que torne al pecho vida y quietud.
CATAL. (Con fuerza.)
¡Estoy casada!
VILLEG. ¡Cruel te encuentro!

¿Y tus promesas?

CATAL. ¿Y mi virtud?

VILLEG. Dos años hace que me jurabas
en tus ventanas eterno amor;
¡pasion que el viento de ausencia mata
como los cierzos secan la flor!

CATAL. ¡Ay! ¡si los llantos escritos fueran,
libro de penas pudieras leer!
¡Bien en mi frente, casi de niña,
dejó sus huellas el padecer!

VILLEG. ¡Dime «aun te adoro,» y parto al punto;
lejos, muy lejos, fiel á morir!

CATAL. ¡No puedo!

VILLEG. ¡Escucha!

CATAL. (Fingiendo entereza.) Dejadme, hidalgo;
tales palabras no debo oir.
(Á Leonela, que acude al verla dirigirse á la puerta.)
Sosténme: ¡ay cielo! mi vida acaba.

VILLEG. ¿Te vas?

CATAL. Al punto me voy, señor;
(Á Avellaneda.)
yo vuestra chanza perdonar quiero:
Vamos. (Á la doncella, dirigiéndose á la calle.)
¡Me mata fiero dolor!
(Villegas vá á salir con precipitacion tras ellas. Avellaneda, con flema, le coge del brazo, y conduciéndole hácia la izquierda dice.)

AVELL. Por esta puerta que dá á una calle
asaz oscura. (Le señala el fondo á Catalina.)
Vos por allí.

VILLEG. Hasta mañana.

CATAL. ¡Nunca, Villegas!

AVELL. Nuestra prudencia lo exige asi.
(Vánse ellas. Á Villegas al salir por la izquierda.)
Vamos al punto, que abrir camino
para la cita ya se podrá.
Blanda es de afectos la doncellica:
todo con arte se compondrá.
(Vánse y cierran la puerta de la izquierda. Momentos de pausa, durante los cuales se oye fuera ruido de espadas. Catalina y Leonela vuelven á entrar por el fondo, asustadas.)

CATAL. Ven, Leonela; ¡tiemblo de espantó!
¡Dios nos ampare!
LEONELA. ¡Funesto azar!
Junto á la esquina de nuestra calle
fiera contienda tiene lugar.
CATAL. (Mirando hácia fuera )
¿Ronda no acude?
LEONELA. Duermen las rondas
en tales casos. ¡Fuerte es la lid!
De estas escenas, señora mia,
todas las noches hay en Madrid.
CATAL. ¿Callaron?
LEONELA. ¡Cierto!... Mas... pasos suenan...
(Escuchan.)
Venid, señora.
CATAL. ¡Perdida soy!
LEONELA. En este cuarto nos ocultemos:
¡subid, que llegan!
CATAL. ¡Sin vida estoy!
(Súbense precipitadamente al cuarto de la derecha y vuelven la puerta.)

## ESCENA V.

CERVANTES y QUEVEDO. Despues de una pausa entran ambos por el fondo, con capas y envainando las espadas.

CERV. Cual corzo de lebreles perseguido
huyen cobardes ya. (Mirando hácia el foro.)
QUEV. La vida os debo:
permitid que os la ofrezca agradecido.
CERV. Nada me adeudais, noble mancebo.
Cualquiera en mi lugar lo mismo hiciera;
es ley de humanidad.
QUEV. Ley que se olvida
en este mundo, donde el mal se anida.
Merced tal vez á vengativos planes,
en la sombra escondida
me aguardaba esa turba de rufianes;
cuando al sitio llegué, luego se lanzan
traidores contra mí, que los espero
y su furor reprimo

con la templada hoja de mi acero:
vos el rumor oisteis,
y á punto en el peligro me ayudasteis
y esa fiera canalla dispersasteis,
pues confesarlo es fuerza;
mi valor decaia,
y presto á ser vencido se veia.
Mi nombre, mi fortuna, mis honores,
á vuestros pies depongo.

CERV. Nada ansio:
solo una cosa mi ambicion alcanza.

QUEV. Decidla pues.

CERV. Mi mano
nunca se unió á la vuestra.
¿Quisierais ser mi amigo?

QUEV. Vuestro hermano.
(Abrázale.)

CERV. Bendigo al cielo
que tal me deparó.

QUEV. ¿Quién no querria
seguir esos fulgores centellantes
que en la senda preciosa
del Parnaso español deja Cervantes?
Manco inmortal, que há tiempo contemplaba
con entusiasmo yo, que idolatraba
cual á una luz brillando en la espesura
el viajante perdido
entre las brumas de la noche oscura.
La desdicha tambien me cobijaba
con sus alas de fuego,
y ella de vuestra senda me apartaba,
mas hoy nos une al fin dulce destino.

CERV. ¡Buen Dios! ¿Será verdad? ¿permitirias
que una flor sin veneno (Con calor.)
encontrase en los bordes del camino?

QUEV. Fiel amistad os jura
Francisco de Quevedo.

CERV. Dulce apoyo
que hallo al fin junto al hoyo
de mi negra y mezquina sepultura.
Yo este mundo crucé; siempre la suerte
fiera se me mostró: paje ó soldado,

cautivo ó escritor, llamé á la muerte,
que siempre sorda á mi dolor ha estado.
Quise cantar al mundo, y ese mundo
con burlas mis cantares recibia,
y sus ecos queridos
en ecos de desprecio devolvia:
fuí soldado, y heridas encontraba;
nunca riqueza hallé, nunca fortuna;
la implacable desdicha me guiaba
desde el llanto primero de la cuna,
y hoy me agobia tambien. ¡Cuánta amargura
la copa del dolor guardó en su fondo,
cuánta horrible tortura
en el potro del mundo el desgraciado
encuentra por su mal, mísero apuro
al destino fatal encadenado!

QUEV. ¡Fé teneis y valor!

CERV. ¡Tengo paciencia,
y en ello estriba la mundana ciencia!

QUEV. ¿Mas nada conseguisteis de las armas?

CERV. Si conseguí: la herida de este brazo;
ver la intriga antepuesta al heroismo;
ser mas honra una cinta que un balazo;
despierto caminar hácia el abismo,
y luego... nada mas.

QUEV. ¿Y tan ingratas
son las letras tambien?

CERV. Es la pobreza
polvo mezquino que lo mancha todo;
en ella son las letras
lucientes perlas entre inmundo lodo,
ninguno las admira,
antes mas bien las pisan y atropellan,
y con desprecio su hermosura huellan...
(Transicion.)
Pero es el mundo asi, locura fuera
intentar su remedio;
en mi frente por eso
nunca el dolor asoma,
y en un círculo estrecho reducido
de burlar al dolor intento medio,
y allí, entre mis papeles escondido,

como el sabio Villena en su redoma,
doy al mundo y los hombres al olvido.

QUEV. Fuerza de voluntad teneis sin tasa.

CERV. ¿Cómo vivir sin ella?
Pero de la desgracia que me inquieta
yo fabriqué la estrella:
*yo, que siempre me afano y me desvelo*
*por parecer que tengo de poeta*
*la gracia que no quiso darme el cielo.* [1]
Mas aunque el soplo de la adversa suerte
del porvenir la senda
secó para mi mal, guardo escondida
en el fondo del pecho
un poco de esa luz que nos dá vida.

QUEV. ¿Es un rayo de genio?

CERV. Es de cariño,
de inmenso amor, de inclinacion de niño.

QUEV. ¡Amor! ¿y á vuestra edad?

CERV. Sobre pantanos
fabrica sus guaridas el armiño;
en rocas nace la gentil violeta,
y á veces entre nubes
luciente asoma el nocturnal planeta.

QUEV. Y esa mujer...

CERV. Al mísero lisiado
de esposa con el nombre se halla unida.
Flor que el cierzo en su tallo ha respetado
y dá perfumes á mi triste vida.

QUEV. ¿Y tanto la adorais?

CERV. Mas que el sediento
la bulliciosa fuente, y las palomas
á sus nidos de amores,
y el pez los mares, y la garza el viento,
y el aura de las flores los aromas,
y el cesped al rocio,
es el amor que guarda el pecho mio.
Cariño paternal que juntamente
al cariño de esposo queda unido,
inmenso, colosal; por ella adoro
á la vida tambien; por ella olvido

---

1 Cervantes, *Viaje al Parnaso*.

mis desdichas sin fin, y olvidaria
la ambicionada gloria
que soñando creí me acariciaba
y de laureles mi cabeza ornaba.

QUEV. ¡Que almas tan grandes la fortuna olvide!

CERV. *Tuve, tengo y tendré los pensamientos,*
*merced al cielo que á tal bien me inclina,*
*de toda adulacion, libres y exentos.* [1]
Esa la causa fué de mis quebrantos;
pero á pesar de todo, rico brilla
aun para mí un lucero,
honra y honor de la leal Castilla.
El gran conde de Lemos
en noble protector se ha proclamado
del anciano soldado:
que hoy á Madrid llegaba
supe en Esquivias yo, y al punto mismo
mi voluntad, de gratitud esclava
condúceme á sus plantas;
la última vez será que á ellas me arroje.
Cruel enfermedad que me atormenta
presto dará de mis desdichas cuenta.
Ya de mi negra suerte
desprecio el golpe insano;
veré el magnate, besaré su mano,
y parto á Esquivias á esperar la muerte.
Esta esperanza vana
(Saca del bolsillo un papel y lo muestra.)
que siempre me halagó, dóila al olvido.

QUEV. Acaso ese papel...

CERV. Funesto empeño
de pedir proteccion lo conservaba.
Al rey su contenido
leal y humildemente dedicaba,
y un momento halagüeño
para darlo esperé... mas roto sea.
(Vá á romperlo y Quevedo se lo arrebata.)

QUEV. Dejad primero que el monarca lea.

CERV. ¡Cómo!

QUEV. Esperad: á las reales manos

---

1 Cervantes, *Viaje al Parnaso.*

el papel llevaré; sea este el lazo
que nos una á los dos.

CERV. ¡Intentos vanos!
¡locura el esperar!

QUEV. Locura fuera
tal caso despreciar: mañana quiero
al rey hablar de vos.

CERV. Sea en buen hora,
pues asi lo quereis, ¡mas considero
inútil vuestro afan!

QUEV. Tal vez la aurora
será de vuestro bien.

CERV. (Estúdiese.) ¡Dios sobre todo!
pero al negro destino acostumbrado
juzgo ya vuestro intento,
un paso mas al desengaño dado.

QUEV. Olvidad y esperad: en mi aposento
entremos.
(Toma la la luz y se encamina al aposento de la derecha.)

CERV. Breve rato. (Siguiéndolo.)

QUEV. Y trataremos
vuestra suerte vencer.

CERV. La esposa mia
quiero presto abrazar.

QUEV. Amor os ciega;
pero .. (Deteniéndose en la puerta.)
¡Callad! ¿ois?

CERV. Si, gente llega.
(Deteniéndose tambien.)

## ESCENA VI.

DICHOS, AVELLANEDA, ESPINEL y FIGUEROA por el fondo. Quevedo con la luz en la mano y Cervantes á su lado permanecen un momento junto á la puerta esperando á ver quién es el que llega: luego que ven y conocen á los que entran, Quevedo baja con precipitacion, deja la luz sobre la mesa y sale al encuentro de los recien venidos. Cervantes permanece junto á la escalera sin ser visto hasta que lo indica el diálogo.

AVELL. Tranquilo con verle quedo. (Al entrar.)

FIGUER. ¡Albricias! ¡En salvo está!
ESPINEL. ¡Á fé que nos disteis miedo!
AVELL. El cielo guarde á Quevedo.
QUEV. Él os traiga por acá.
AVELL. Se divulgó en la Carrera
que mal herido os hallabais,
y la amistad verdadera.
á conocer se acelera
si es cierto que herido estabais.
FIGUER. Mentiras del vulgo fueron
de lo que albricias pedimos.
QUEV. Hoy las gentes no mintieron,
fué cierto que acometieron;
(Gravedad cómica.)
pero tambien que vencimos.
Muy cara pudo costarme
esa oscura lid á escote
con que quisieron honrarme,
si no llega á libertarme
el padre de *Don Quijote*.
(Tomando de la mano á Cervantes.)
LOS TRES. ¡Cervantes!
QUEV. Su bizarria
corre con su humor parejas:
en esa lucha bravia
el Manchego parecia
alanceando las ovejas.
AVELL. ¡Espada y pluma! tal hecho
os alcanzará la palma
de rufianes á despecho.
CERV. La espada es lengua del pecho,
la pluma es lengua del alma.
Ambas, para mi quebranto,
dióme á conocer el cielo,
y en las aguas de Lepanto
ambas grabaron mi canto
con tintas de desconsuelo.
QUEV. Signo de inmortalidad (Con entusiasmo.)
ha grabado en vuestra frente
la poética deidad.
CERV. Mas el agua de esa fuente
empuja á la ancianidad.

. . . . . .

Esa refulgente estrella
que llamamos poesia,
es dulce y tierna doncella,
mas ambicionada y bella
si la ciencia le atavia.
La alquimia de la virtud
la torna en oro estimable,
y en su noble excelsitud
es para la multitud
elixir incomparable.
El que en sátiras la emplea
y la mancha sin decoro,
su propio daño desea,
y la ciencia que laurea
en vil piedra torna su oro.

AVELL. Si la sátira es delito
armas haceis contra vos,
ó yo el *Quijote* no admito.

CERV. La sátira que yo he escrito
solo la comprende Dios!
Versos hice y los silbaron;
quise llorar y rieron;
y tanto me impacientaron,
que mis labios reventaron
en risas que estremecieron.
Que en los tiempos que corremos,
tiempos que abundan los necios,
si resistir pretendemos
sus arpones, vestiremos
una cota de desprecios!
No lo echeis vos en olvido, (Á Avellaneda.)
ya que mis huellas seguisteis.

AVELL. Consejos no os he pedido.

CERV. ¿Acaso habeis comprendido
la sátira que escribisteis?

AVELL. Si por insultar lo haceis,
no os entiendo...

CERV. ¡Por mi vida!

AVELL. Mas es bueno recordeis,
maese Miguel, que teneis
esa mano entumecida,

que sois viejo y sois lisiado
no olvidad; pues triste fuera
que un tan famoso soldado
subir pretendiera osado
un punto mas de su esfera.

CERV. ¡Infamia!

QUEV. Hidalgo, callad; (Á Avellaneda.)
no insulteis á la pobreza,
respetad la ancianidad,
y con loca ceguedad
no mancheis vuestra nobleza.

AVELL. ¡Yo!! (Confundido.)

CERV. Dejadle; le perdono (Casi con llanto.)
pero me mata el dolor.
¿Por qué con feroz encono
insultais lo que en mi abono
no ha estado cumplir mejor?
Viejo me llamais, y á fé
que en la mano no he tenido
ni acortar al tiempo sé,
ni nunca el anciano vé
con gusto el tiempo perdido.
En cara me echais tambien
esta herida que me abruma,
y que mirais con desden,
y donde otros ojos ven
honra y honores en suma.
Herida que no en taberna
la recibí, sino en gloria
que siempre vivirá eterna,
siendo en el mundo moderna
aunque antigua en nuestra historia.
Las heridas del soldado
quitan manchas de deshonra,
y en un pecho acribillado
son estrellas que han guiado
al claro cielo de la honra.
(Momentos de silencio. Estúdiese.)

QUEV. Basta; ya que la contienda
entre nosotros cesó,
venid á honrar mi vivienda;
vos procurareis la enmienda,

(Á Avellaneda.)
porque le protejo yo.
(Por Cervantes.)
¡Gil Perez el hostelero! (Llama.)
luces al cuarto subid.

GIL. Voy volando, caballeros.
(Sale y entra en el cuarto de la derecha con luces.)

QUEV. Que os divertais mucho espero.
(Sale Gil despavorido y tembloroso.)

GIL. ¡Ah! mis señores, venid.

AVELL. ¿Qué tienes? ¿De qué te pasmas?

GIL. ¿Qué he de tener? ¡Jesucristo!
¡Que dentro del cuarto he visto
una legion de fantasmas.

AVELL. ¿Cómo? aventuras...

GIL. ¡Chiton!
no entreis en ese aposento,
mientras yo aviso al momento
á la Santa Inquisicion.

QUEV. Una luz y yo entraré.

GIL. ¿Qué vais á hacer?

QUEV. ¡Necio! ¡aparta!
(Se entra al cuarto.)

AVELL. ¡Venid! ¡venid!
(Todos, excepto Cervantes, se agrupan junto á la escalera.)

GIL. ¡Santa Marta!

## ESCENA VII.

DICHOS, QUEVEDO, CATALINA y LEONELA con los velos completamente cubiertas.

QUEV. ¿Estos son los duendes, eh?

AVELL. Fuera velos.

CATAL. (¡Mi marido!) (Estremeciéndose.)

CERV. ¡Cielos! ¡No ha sido ilusion!

CATAL. (Bajo á Quevedo.)
¡Salvadme por compasion!

CERV. (Que ha visto el movimiento de la tapada.)
¡Al verme se ha estremecido!

TODOS. ¡Fuera velos!

CERV. (Clavando sus miradas en las tapadas.)
(Si es mi esposa
y Quevedo me engañó!...)
AVELL. ¡Alzad el velo!
QUEV. ¡No! ¡no!
CERV. (Fuera afrenta escandalosa;
veré.) Los velos alzad!
(Se dirige á ellas decidido.)
CATAL. Detenedle mientras vuelo
lejos de aqui. (Bajo á Quevedo.)
CERV. ¡Santo cielo!
(Deteniéndose y con espanto.)
AVELL. Muy bien; al viejo observad!
(Las tapadas se van con precipitacion por el fondo.)
ESPINEL. ¡Tendrá celos!
AVELL. ¿Chanzoneta
le habrá jugado Quevedo?
Venid.
QUEV. Perdonad ¡no puedo!...
(Volviendo preocupado.)
AVELL. Llevémonos al poeta.
(Rodean á Quevedo con algazara.)
QUEV. Venios, maese Miguel.
CERV. Yo os buscaré.
AVELL. ¡Ilustre vate!...
(Con saludo ridículo.)
(Autor del gran disparate!)
ESPINEL. ¡El loco!
QUEV. ¡Basta, Espinel!
(Á Cervantes.) ¡Venid!
TODOS. (Le cercan. ¡Venid!
CERV. (Apartándolos.) Mi deshonra
¿será posible, Señor?
Mas si es cierto el deshonor,
para enfermedades de honra
¡nunca falta un sangrador! (Con ferocidad.)
(Cervantes desaparece con precipitacion por el fondo; Quevedo asombrado vá á seguirle, todos se le interponen con grande algazara. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una antecámara en el palacio real. Al fondo una galería elevada y á la que se sube por una escalinata entre columnas. En el centro una gran puerta que comunica con las habitaciones reales. Á la derecha, en primer término, puerta con lujoso cortinaje que dá á las habitaciones del ministro Lerma. Á la izquierda, la entrada del exterior. Adornos suntuosos de la época; á la derecha una mesa con tapete blasonado y recado de escribir, junto á ella, sillon alto de respaldo.

## ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen VILLEGAS, AVELLANEDA, entrando, ESPINEL, FIGUEROA y CABALLEROS.

ESPINEL. (Mirando hácia la izquierda.)
No hay, señores, que apurarse;
don Alonso viene allí,
y él nos dirá...

FIGUER. (Á Avellaneda, que entra y á quien todos rodean.)
Bien llegado,
almanaque de Madrid.

ESPINEL. Á tiempo venis.

AVELL. Me alegro
á tan buen tiempo venir.
¿Qué viento asaz borrascoso

es el que anda por ahí?
FIGUER. ¿De nuevo qué hay en la villa?
AVELL. Las uñas de un alguacil,
los galanes sin afeite,
las tizonas sin orin,
celestinas sin rosario,
y doncellas por tamiz.
FIGUER. ¡Siempre de chanza!
VILLEG. (Bajo á Avellaneda con impaciencia.)
¿Qué sabes?
AVELL. (Á Villegas, bajo.)
No he podido descubrir...
mas no desesperes, pronto
¡serás dichoso y feliz!
VILLEG. (Id.) ¿Cómo?
AVELL. (Id.) Gracias á un enredo
nuevo, ingenioso, sutil,
libre te verás del viejo.
VILLEG. ¡Cómo, explícate! (Bajo.)
FIGUER. (Por otro lado.) Decid...
ESPINEL. Hablad.
AVELL. (Á estos alto.) Noticia estupenda.
El buen pueblo de Madrid
recibe con regocijo
la nueva grata y feliz
de la victoria de Alperto,
que nuestro bravo adalid,
el inmortal Villafranca,
acaba de conseguir
contra el saboyano rey.
Se habla de saraos y mil
festejos; que don Felipe
quiere celebrar asi
el triunfo, y él mismo luego
irá á la capilla á oir
un magnífico *Te Deum*
que vá á celebrarse allí...
esto y... nada mas, amigos,
os tenia que decir.
ESPINEL. Todo eso ya lo sabiamos.
AVELL. Pues, ¿qué queriais de mí?
FIGUER. Que nos digais los secretos

de ese artificioso ardid
contra el buen ministro Lerma
recien descubierto!...
AVELL. (Con misterio.) ¡Chist!
¡Tened prudencia!
ESPINEL. ¡Es verdad!
la tendremos... mas decid.
AVELL. (Bajo.) Oscura conspiracion
se ha logrado descubrir
contra el gran ministro Lerma:
se hacen prisiones sin fin.
FIGUER. ¿Y qué mas se dice?
AVELL. ¡Nada!
ESPINEL. ¡Poco informado venis!
AVELL. (Mirando á la izquierda.)
Don Francisco de Quevedo
y Villegas viene aqui;
él dará mas pormenores.
ESPINEL. ¡Cuán triste que llega!
VILLEG. Si...
AVELL. Irá pensando una sátira.
ESPINEL. ¡Bien que la sabe fingir!

## ESCENA II.

DICHOS, QUEVEDO, saliendo por la puerta de la izquierda, cabizbajo y leyendo un papel que trae en la mano, los primeros versos sin reparar en los demas, hasta que lo indica el diálogo.

QUEV. ¿Será posible que la suerte fiera
apenas en el mundo un paso he dado,
convirtiendo mis dichas en quimera
asi me muestre su semblante airado?
Negro es el porvenir que en lontananza
miro, cercado por do quier de abrojos;
ni una rama del árbol de esperanza
alcanzarán á ver mis tristes ojos!
AVELL. (Rodeándole como tambien los demas.)
Salud al preclaro ingenio
que las trompas de la fama
por sin segundo en la crítica
con sus cien bocas proclaman.

ESPINEL. Dios guarde al noble Quevedo.
FIGUER. Al Adonis de las damas.
ESPINEL. Al Apolo de las letras.
QUEV. Plaza, amigos mios, plaza,
pues flechas son las lisonjas
que en sangre tiñen la cara.
AVELL. ¡Triste venis y mohino!
¿Será grave circunstancia
la que os priva á tomar parte
en la fiesta cortesana?
ESPINEL. ¿No vais al templo?
AVELL. ¿Tendreis
la suficiente cachaza
para huir de los saraos
que esta noche se preparan?
¿Acaso en ese papel
donde fijais las miradas?...
perdonad mi indiscrecion,
¿os vino alguna desgracia?
¿Es carta de alguna bella,
donde os suplica con ansia
que por temor al marido
dejeis de rondar su casa?
QUEV. No es eso; es que la fortuna,
siempre para mí contraria,
hasta en fútiles asuntos
me muestra la faz airada.
Este papel qué decis,
nuevos honores me guarda;
mas son honores que hastian
á quien como yo le bastan
con el honor de la cuna
y el renombre de su casa.
Ved. (Dá el papel á Avellaneda.)
AVELL. ¡Qué veo! De Felipe
la majestad soberana,
el hábito de Santiago
os concede en esta carta.
FIGUER. ¿Será verdad?
ESPINEL. ¡Recibid
las albricias!
AVELL. ¡Acertada

recompensa.

QUEV. Mas en pago
se me ordena, ruega y manda,
que por las playas de Nápoles
deje al punto las de España.
Yo, que siento del poeta
aquí la brillante llama,
y solo vivo contento
bajo el cielo de mi patria;
yo, que un año mis suspiros
con las auras le mandaba,
soñando con el retorno
á sus costas adoradas,
apenas aprovechando
la dichosa circunstancia
de una embajada gozoso
pongo en la córte la planta,
una órden real convierte
en humo mis esperanzas:
no creais que es el deseo
del niño que se contraria;
es que contemplo el espejo
cuya luna me retrata
el porvenir tenebroso
que el destino me prepara;
es que me aterro al pensar
en la insoportable carga
de la vida y... ¡oh fortuna!

(Todos admirados se miran sonriendo, creyendo que Quevedo se chancea: este lo comprende de un golpe y cambia enteramente, diciendo entonces con tono burlon y trágico.)

*Cotorrerica de fama,*
*bola de juego de bolos*
*que la soberbia dispara,*
*á quien te sigue despeñas,*
*á quien te escoge descartas,*
*á quien te estima aborreces,*
*á los que te creen enguñas* [1].

ESPINEL. Sois el diablo, don Francisco,

---

1 QUEVEDO, romance á la *Fortuna*.

para mentir una farsa.

QUEV. Las penas, amigos mios,
ya de por sí son amargas;
por eso con la razon
se hace preciso endulzarlas.
Ademas, dichoso yo (Con sarcasmo.)
que á cuenta de esta ordenanza
la cruz de los santiagueses
recibo sobre mi capa.

AVELL. ¿Y cuándo os vais?

QUEV. No lo sé.

AVELL. Sin embargo, vuestra marcha
no será con tal premura:
¿ireis á ver al monarca?

QUEV. Para despedirme solo.

AVELL. ¿Corrido estais?

QUEV. De mudanzas:
*los necios y las cortinas*
*se corren solo en España* [1].

AVELL. Ya sabeis soy vuestro amigo.

QUEV. Asi me lo figuraba.

AVELL. Si quereis hablaré al rey.

QUEV. Os doy, don Alonso, gracias.

AVELL. Dejaréisme en vuestra ausencia
ordenado lo que os plazca.

QUEV. ¿Lo que me plazca? escuchadme:
merced haréisme no escasa
si entregais al rey Felipe
este billete, con lágrimas
escrito por un soldado
que tiene la mano manca.

AVELL. (Tomándolo.)
¿Un billete de Cervantes?

QUEV. Del mismo.

AVELL. (¡Fortuna rara!)
Entregarélo al momento.

QUEV. Yo lo entregara al monarca;
mas por no pedir favores
yo sin favor me quedara.
Ademas que en este escrito

---

1 QUEVEDO, romance.

gracia pide la desgracia,
y á darlo yo, al pobre manco
mas desdichas amagaran,
¡porque es tan feliz mi suerte!...
*que no hay cosa buena ó mala*
*que aunque la piense de tajo,*
*de revés no llegue á hallarla* [1].

AVELL. Sereis servido.
QUEV. Lo espero
y agradezco con el alma.
(Rumor dentro.)
AVELL. Mas ya la córte parece
reunida en estas cámaras.
(Una gran porcion de damas y caballeros cruzan el teatro, entrando por la izquierda, y subiendo á la galeria del fondo desaparecen por la derecha.)
ESPINEL. ¿Venis, Quevedo?
QUEV. Mas tarde:
voy á escribir unas cartas.
ESPINEL. Hasta luego pues.
AVELL. (Señalando la carta.) Contad
que ya en sus manos se halla.
QUEV. ¡Gracias!
AVELL. (¡Oh! feliz billete,
tú inclinarás la balanza.)
TODOS. ¡Adios, Quevedo!
QUEV. (Con sarcasmo.) ¡Id con Dios...
orgullo y honra de España!
(Vánse todos por la galeria.)

## ESCENA III.

QUEVEDO, solo. Luego un PAJE, CATALINA y LEONELA.

QUEV. ¡Id, necios, lejos de mí!
dejadme un momento en paz
antes que la hiel del pecho
os arroje á mi pesar.
Cornejas de estos lugares,
entre cuyas lenguas van

1 QUEVEDO, romance: *El rigor de las desdichas.*

los pedazos de las honras
que no se cobran jamás,
id á engañar á ese mundo
y acaso os aplaudirá,
que con la audacia al talento
le suelen equivocar.
Mas vóyme de estos salones.
(Sale un Paje por la izquierda.)

PAJE. ¡Don Francisco!
QUEV. ¿Quién vá allá?
PAJE. Por fin os hallo: dos damas
á quienes el tafetan
veda el rostro, en esas cámaras
acaban de penetrar,
rogándome que os buscase
con empeño y con afan.
QUEV. ¿Dos damas?
PAJE. ¿Qué las diré?
porque esperan.
QUEV. Aguardad
un momento y respondedme:
¿este salon?
PAJE. Libre está,
por ahora, de curiosos.
QUEV. ¿Dónde fueron?
PAJE. Se hallarán
con el rey en la capilla:
el *Te Deum* vá á empezar.
QUEV. Id pues, y dejadlas que entren.
PAJE. Al punto. (Váse.)
QUEV. ¿Quiénes serán?
Á fé que no lo comprendo,
mas el tiempo lo dirá:
y pues parece aventura
no la quiero despreciar.
PAJE. (Señalando á Quevedo desde la izquierda á doña Catalina y Leonela.)
Allí le teneis.
QUEV. (Al Paje.) Marchaos.
PAJE. (Está claro.)
CATAL. (Con temor.) ¡Perdonad!
Perdonadle, señor, que unos instantes

vuestra atencion implore
la desdichada esposa de Cervantes.
(Descúbrese.)

QUEV. ¿Su esposa vos?

CATAL. Condenareis sin duda
á la que del destino subyugada
está por apariencias condenada:
ya nadie nos escucha;
llorar á solas mis dolores quiero,
y en esta pertinaz y horrible lucha
vuestro apoyo buscar, buen caballero.

QUEV. ¿Mi apoyo deseais? Mezquina planta
tan solo soy del mundanal camino,
brotada en esa alfombra,
que aunque á veces el soplo la levanta
del mísero destino,
ya ni aun para sus hojas tiene sombra.
¡Mas de Cervantes vos!...

CATAL. Él es mi esposo:
huérfana y sin abrigo,
un negro porvenir me rodeaba;
y él, noble y generoso,
al tenderme la mano del amigo,
un abrigo en el mundo me otorgaba.

QUEV. ¿Y qué quereis de mí?

CATAL. Deciros quiero
los males que se agitan
en torno de mi frente,
y á un abismo sin fondo precipitan
los pensamientos que brotó mi mente.

QUEV. ¡No comprendo, por Dios!

CATAL. Ya comprendierais
si en mi pecho leyerais;
mas pues asi lo quiere suerte fiera,
al natural rubor pondréle tasa,
y con acento que el pudor altera:
¡yo soy, vengo á deciros, quien anoche
ocultóse, Quevedo, en vuestra casa.

QUEV. ¿Qué decis? ¡Será cierto!
¡Comprendo su dolor y su quebranto!
anoche os conoció; la rabia fiera
que locura creí...

CATAL. ¡No era locura!...
justo furor, justificado espanto,
que tarde ¡oh Dios! el desengaño cura.
Él la flor delicada
que guarda en su jardin, miróla expuesta
al céfiro liviano
del que siempre la tuvo resguardada,
y entre fieras congojas
creyó la flor perdida,
sin reparar que al hálito profano
la flor plegaba sus lucientes hojas.
QUEV. ¿Y qué quereis de mí?
CATAL. Busco al amigo
que anoche, generoso
tendió su mano al infeliz mendigo.
QUEV. Acaso vuestro esposo
juró vengarse airado?
¿acaso os maltrató?
CATAL. No; silencioso
ni siquiera un acento
su labio pronunció; pero agitado
encerróse por fin en su aposento.
¡Mas cuánto padecia!
yo, triste, adivinaba
que sus inquietos pasos escuchaba;
y escuché sin cesar y con espanto
hasta que vino con su luz el dia
y descorrióse de la noche el manto.
Mil veces á sus plantas
arrojarme intenté, mas temerosa
siempre retrocedia.
Al apuntar el alba, abrió la puerta
él de su habitacion; yo quedé muerta
al oirle salir: muy cabizbajo,
aunque con faz severa,
escuchad, exclamó, pues el destino
que sobre el hombre impera
hoy señala á cada uno su camino:
libre quedais, os dejo; no os aflija
nada en el mundo ya; pero antes quiero
daros un don que vuestro noble padre
dióme un dia: tomad esta sortija,

con ella su proeza
don Felipe Segundo premiar quiso
añadiendo un blason á su nobleza:
tiene este anillo peregrina historia,
que al darlo á vuestro padre el rey de España,
cubríale de gloria,
pues lo daba por premio de una hazaña,
obrada por mi amigo
de San Quintin en la inmortal victoria.
Tomad y sed feliz; yo nada quiero,
y ser dichoso con presteza espero:
dijo con risa amarga;
y tomando la espada y el sombrero
marchó precipitado,
y el pecho me dejó despedazado:
yo tiemblo por su vida.

QUEV. (Con intencion.) ¿Por su vida
me decis que temblais? ¿Os es querida?

CATAL. Mas que la mia propia; (Llora.)
él es padre y esposo juntamente;
siento por él instintos los más puros;
le amo como ama el pez la clara fuente,
como la yedra á los robustos muros.

QUEV. Llorais, y en vuestro llanto (Conmovido.)
estoy leyendo ya vuestra inocencia,
que aunque siempre traté sin indulgencia
el lloro de mujeres
y le llamé de la sirena canto,
hay casos especiales
ajenos de mentira;
en que son sus aljófares cristales
donde el alma se mira.

CATAL. Gracias, Señor, que al fin has disipado
de su razon la duda, y con tu aliento
á la verdad del manto has despojado.
Busquémosle. (Á Quevedo.)

QUEV. Está bien.

CATAL. ¡Ved la sortija!
lograr con ella la ventura intento.

QUEV. ¡Régia prenda por Dios! Sobre diamantes
y en oro cincelado,
«Yo el monarca» se lee: significantes

caractéres á fé.

CATAL. Pues bien, en ella
mi pensamiento la esperanza abarca:
yo sin mas dilaciones
intentaré una audiencia del monarca.
Don Felipe tercero
recordará el arbusto de mi cuna:
el tiempo placentero
que se cernió en mi casa la fortuna:
en lenguaje sencillo
le expondré la desgracia de mi esposo,
siendo intérprete fiel de mis nobleza
de su Prudente padre el régio anillo.
¿Qué os parece mi plan?

QUEV. ¡Gran pensamiento!
yo mi apoyo os ofrezco,
y de poder ser útil me envanezco.
En este mismo instante
os llevaré á los pies del soberano:
la fortuna en su cámara os espera:
en su piedad fiad; esta es mi mano.

CATAL. Con orgullo la acepto.

QUEV. Volemos pues. (Al fin todo lo olvido.)
*La cuerda del dolor afloja un poco,*
*destino para mí siempre enemigo* [1];
deja que haga un feliz aqueste loco,
que ya lo arrastrarás despues contigo.
(Toma del brazo á Doña Catalina y suben á la galería, entrándose por la puerta del fondo. Leonela vá á seguirlos, cuando Villegas, que sale con Avellaneda por lo alto de la izquierda, la detiene.)

## ESCENA IV.

LEONELA, VILLEGAS y AVELLANEDA.

AVELL. ¡Qué miro! Villegas.

VILLEG. ¡Oh encuentro feliz!

AVELL. Escúchame, niña.

VILLEG. ¿Qué buscas aqui?

---

[1] QUEVEDO, soneto.

LEONELA. ¡Por Dios, caballeros!
(Esta escena rapidísima.)
Dejadme sàlir.
VILLEG. Espera...
AVELL. ¡Detente!
VILLEG. Contéstame, dí,
y ponte en tu dedo
aqueste rubí. (Dále un anillo.)
LEONELA. Bien haya el donoso
que explícase asi.
VILLEG. Escucha y responde.
LEONELA. De prisa decid.
VILLEG. ¿Dó dejas tu ama?
LEONELA. Marchó por allí
á ver al monarca,
segun lo que oí.
(Avellaneda en tanto está acechando si viene gente.)
VILLEG. ¡Escucha!
LEONELA. Respondo.
VILLEG. Mañana partir
á Italia decido.
LEONELA. ¡De prisa venis!
VILLEG. ¿Darásme tu apoyo?
LEONELA. ¿Cuál es vuestro fin?
VILLEG. Hablar con tu ama.
LEONELA. ¿Aqueso pedis?
No puedo serviros.
VILLEG. Harásme feliz
con una intriguilla.
LEONELA. No sé yo mentir.
VILLEG. (Saca y dále un bolsillo con monedas.)
¿Te gusta su peso?
LEONELA. Pues tanto sufris, (Tómale.)
al fin vuestra pena
me hará delinquir.
VILLEG. ¡Bendita!
LEONELA. (¡Bien pesa!) (Por el bolsillo.)
VILLEG. Escucha.
LEONELA. Decid.
VILLEG. ¿Cuándo?
LEONELA. Por la noche;
fiaos en mí:

en punto las ocho
al sitio venis:
yo saldré á encontraros...

VILLEG. ¡Valor femenil!

LEONELA. Arrojais la escala
y al cuarto subis.

VILLEG. Véame en su casa
y seré feliz:
mas su esposo...

LEONELA. ¡Chito!
fiaos de mí.

VILLEG. En tí mi esperanza
véase cumplir.

LEONELA. Tan solo lo hago
por ver que sufris.

VILLEG. Escucha. (Deteniéndola.)

LEONELA. No puedo,
que peligro aqui.

(Váse precipitada por el fondo, donde entraron Doña Catalina y Quevedo.)

## ESCENA V.

VILLEGAS y AVELLANEDA.

VILLEG. Ven, que me dejas perdido:
espera breves instantes. (Síguela.)

AVELL. Entre las monjas y amantes
siempre encontré parecido: (Deteniéndole.)
gente es que de varios modos
tanto el silencio lloraran,
que si mudos se quedaran
hablarian por los codos.
Ven, y espera que su broche
abroche la noche al dia,
que ya te traerá alegria
entre sus broches la noche.
Sacia la curiosidad
con que me has hecho venir,
privándome de asistir
á esa gran solemnidad.

VILLEG. Vamos, pues; dime, y te dejo

en completa independencia,
dime y calma mi impaciencia.
AVELL. Voy á librarte del viejo:
ya sabes que soy tu amigo,
pruebas tienes.
VILLEG. No lo niego.
AVELL. Perdona, pues, si este juego
me lo callo y no lo digo.
VILLEG. Mas al menos...
AVELL. Ya te he dicho:
espera, que lo sabrás.
VILLEG. ¿Pero nada me dirás?
AVELL. ¡Qué quieres! no es un capricho...
pero escucha: te impacienta
el saber; sabrás al fin
que cuando una planta ruin
cabe una roca se asienta,
y por ella resguardada
á los vientos desafia,
mostrando su valentia
al hallarse cobijada,
si quieres verla en el suelo,
no tienes mas que quitar
la roca, y viene á quedar
la planta en poder del hielo,
del hielo que la enrojece
y la arranca de su asiento,
y llega despues el viento
y al fin la planta perece.
VILLEG. ¿Y qué me quieres decir?...
no hay en ello que me asombre.
AVELL. ¿Pues qué la planta y el hombre
no finan en el morir?
VILLEG. Eso saberlo debemos.
¡Morir!... es triste por cierto.
AVELL. No siempre que un hombre es muerto
de la vista le perdemos.
VILLEG. ¿Morir y vivir?
AVELL. Me fundo.
VILLEG. ¿Acaso muertes hay dos?
AVELL. Una muerte para Dios,
otra muerte para el mundo.

La primera, el cuerpo fina
dejando sus formas bellas,
y hácia esa mansion de estrellas
el espíritu camina...
Esa de Dios es la muerte.
Pero la muerte del mundo
es el desprecio profundo
de la inconsecuente suerte.
El hombre que del destino
prueba solo los enojos,
y solo recoge abrojos
en el mundanal camino;
aquel que se le coloca
sin apoyo, sin consuelo,
es una planta de hielo
que ha nacido en una roca:
sujeto por la cadena
vendrá á morir, y esto es cierto,
como el nopal del desierto,
que muere ahogado de arena.

VILLEG. ¡Ya tus fábulas estimo!
ya voy de ellas comprendiendo;
luego, lo que estás haciendo...

AVELL. Pues, es quitarle el arrimo...

VILLEG. ¡Mas con infamia!

AVELL. La intriga
siempre se ha visto en la tierra
ser del amor y la guerra
la mas consecuente amiga.
No te espantes, ni te asombres,
ni desprecies los amaños,
son precisos los engaños
para vivir con los hombres.

VILLEG. El gozo me tiene loco.
¡Voy á verla, Avellaneda!

AVELL. Es muy corriente moneda
hacerse rogar un poco.
Cuatro doblas apostaba
que Catalina venia
en tu busca, y pretendia
lo que anoche despreciaba.
Ya ves qué pronto aceptó

la doncella; por mujeres
nunca, amigo, desesperes,
que la firme aun no nació.

VILLEG. Quiero verla, y que su acento...

AVELL. Alguien viene. (Mirando á la izquierda.)
¡Qué he mirado!
Es Lemos... ¡cuán azorado
que llega! Principia el cuento.
Ya tengo emplazado uno;
voy á ponerme detrás.

VILLEG. ¿Qué dices?

AVELL. ¡Ya lo sabrás!
¡Vaya, que estás importuno!
(Avellaneda toma del brazo á Villegas y se lo sube por la galeria, desapareciendo por la derecha de ella. Avellaneda lo dice todo esto último con marcada intencion y arrojando hácia la puerta primera de la izquierda miradas maliciosas.)

## ESCENA VI.

LEMOS, por la izquierda, con un papel en la mano, viene meditabundo. Luego PAJE y AVELLANEDA.

LEMOS. Fatal veneno destilan
de este billete las letras,
y una desgracia adivino
que en sus rasgos se revela.
¡Poder del cielo! ¡Quién puede
levantar con torpe lengua
negra calumnia que manche
el blason de mi ascendencia!
Mas torno á leer esta carta
por si ella al fin me revela
el cabo del hilo infame
que han arrojado en mi senda.
(Lee el papel que trae en la mano.)
«Lemos: por el anónimo encubierta, ha lle-
»gado á mí una noticia fatal para nuestra
»amistad: excuso explicaciones que vuestra
»penetracion suplirá; pero sí os advierto que
»nunca mas torneis á cruzaros en mi cami-

»no. El ministro Lerma no podrá sufrir ante
»sí un hombre que juzgaba un amigo y le
»paga inscribiendo su nombre en la lista de
»los desleales. Id á cuidar de vuestras canas,
»hasta hoy no vilipendiadas, á vuestras tier-
»ras de Andrade, y procurad no os lo mande
»quien hoy os lo ruega.—*Lerma.*»
No hay duda, no; es el destierro
lo que estas letras me ordenan.
Pero es horrible, inhumano:
es necesario que vea
yo al ministro, y me vindique
de calumnia tan grosera.
Es preciso.
(Vá á la puerta de la derecha y le impide el entrar el Paje.)

PAJE. ¡Atrás, hidalgo!
LEMOS. Soy Lemos: hablar me es fuerza
con el cardenal ministro.
PAJE. ¡Perdonad! Mas hay expresa
órden de que estos umbrales
no paseis vos. (Se retira.)
LEMOS. ¡Suerte fiera!
¡Vive Dios!... ¿Mas qué iba á hacer?
Ya la cólera me ciega...
¿Cómo lograr?...
(Avellaneda sale por las galerias altas.)
AVELL. Buenos dias,
nobilísima lumbrera,
de linajes españoles
preclara y luciente estrella.
LEMOS. Dios os guarde.
AVELL. (¿Cabizbajo?
¡La medicina aprovecha!
píldoras de agravio son,
que cuando no matan queman.)
¿Estais enfermo, buen conde?
LEMOS. Dolores que el alma lleva.
AVELL. Dolores de alma se curan
con bálsamos de conciencia.
LEMOS. Con sangre curar los mios
hoy pretenderá mi diestra.

AVELL. La sangre es remedio caro
y de malas consecuencias.
LEMOS. Decidme pues: cuando un labio
el deshonor y la afrenta
arrójase sobre el limpio
blason de vuestra ascendencia,
¿no pagariais con muerte
la vida de tal ofensa?
AVELL. ¿Muerte decis?
LEMOS. Duelo á muerte
es el recurso que queda.
AVELL. Los duelos siempre nos duelen,
y os juro por mi conciencia
que hasta en los duelos de entierro
siempre encuentro que me duela.
La casualidad tan solo
me colocó ante la senda:
sé que os calumnian.
LEMOS. ¡Es cierto!
AVELL. Que el noble ministro Lerma
contra vos está irritado.
LEMOS. Es cierto tambien.
AVELL. Que en mengua
de vuestro honor le han mentido.
LEMOS. ¡Y por ello me destierra!
AVELL. (Mi anónimo al buen ministro
hizo operacion violenta.)
¡Y acaso háis averiguado?...
LEMOS. Es dicha que juzgo incierta.
AVELL. Sin embargo, tal vez yo
pueda daros una idea.
LEMOS. ¿Vos?
AVELL. Ayer, como es costumbre
entre gente madrileña,
á la hosteria afamada
del Halcon de Oro me llevan
amigos de buen humor,
cultivadores de letras:
en ella bebióse largo;
no quedó vianda en ella;
y á las dos horas ó tres
una algarabia inmensa

de canciones y alaridos
vino á probar la excelencia
de las bodegas del huésped,
siempre de néctar repletas:
entre los genios se hallaba
un pobre, que á ciencia cierta
yo no sé qué nombre darle,
pues si lo llamo poeta
temo las iras de Apolo,
mozo montado en soberbia,
que no gusta le confundan
la ignorancia con la ciencia.
Este tal, que asi hace coplas
como un gitano recetas
para males de hechizados
y amorios de doncellas,
algo pasado del vino,
mas que sin pasar la lengua,
con insolentes probanzas
quiso probarnos por fuerza,
que solo en palacio mora
traicion, infamia y soberbia;
desaforó, repliqué,
y él á voces descompuestas,
por confundirnos, citó
la conspiracion derecha.
Nombró títulos á mares,
buscó frases que lucieran;
y luego, hasta Lemos, dijo,
ese infanzon de comedia,
ha osado contra el ministro
que noble le dió su diestra!

LEMOS. ¿Eso dijo? ¿Y quién es, quién?

AVELL. Reprendíle la imprudencia,
y al fin... cayó aletargado
sobre la mugrienta mesa,
soltando de entre los dedos
estos renglones de letras.

(Dá la carta á Lemos, que la abre y lee con mucha ansiedad.)

LEMOS. Traed, traed por vida mia,
me devora la impaciencia!

«Señor: sobraran dos líneas para recordarle
»mis servicios: vuestra majestad sabrá pre-
»miar, no lo dudo, á un súbdito que siem-
»pre se ha desvelado por el lustre de su real
»corona. Á los reales pies de vuestra majes-
ced.—*Miguel de Cervantes Saavedra.*
¿Será verdad? Mas ¿qué digo...
Cervantes, Cervantes era?...
No, mentira, en esta carta
nada apenas se revela.

AVELL. Yo os lo juro por mi nombre:
era él mismo.

LEMOS. ¡Suerte adversa!
¡Infame, villano, artero,
asi paga con ofensas
las protecciones y amparos
que tendióle mi grandeza!
Un sueño, ¡ay Dios! me parece.

AVELL. (Se dá principio á la fiesta.)
Adios, señor, que me llaman
ocupaciones afuera;
consolaos... (Bien clavada
tiene en el pecho la flecha:
¡Pobre viejo! ¡Pobre viejo!
tu suerte el viento se lleva,
y como la planta vil
vendrás á caer en tierra!)
(Váse por el foro derecha.)

## ESCENA VII.

LEMOS, sentado junto á la mesa: CERVANTES; los dos sin verse.

LEMOS. ¿Conque el honor y la virtud son nada,
y solo el dolo y la mentira crece?
¿y la flor mas hermosa y delicada
que á la sombra del mundo reverdece,
tal vez será la copa perfumada
que astutamente su veneno ofrece?
¡Ay, amarga verdad, por vuestro daño,
cada dia de vida un desengaño!

(Queda pensativo. Sale Cervantes por la izquierda.)

CERV. Déjame en paz, ansia mia,
de mi pobre honor cadena,
mitiga tu tirania
mientras busco en la hidalguia
un lenitivo á mi pena.
Mas ¡ay! su recuerdo fiero
no cesa de atormentarme;
y aunque ahogar sus gritos quiero,
tan solo, burlarle espero
con el placer de vengarme!
¡Vengarme! ¡mezquino viejo!
(Con despecho.)
Si tal despecho te afana,
¿cómo podrás dar mañana
un saludable consejo,
á esa juventud liviana?
Si este afan que me atormenta
locura tan solo fuese,
y esa imágen de la afrenta
que me abrasa y desalienta
solo en mi mente estuviese!
¡Oh Dios! ¿tanta dicha á mí?
¡fuera imposible favor!
¡Si fuese un sueño de aqui!
(Reparando en Lemos, se arroja á sus pies.)
¡Un hombre!... es el conde, si...
Á vuestras plantas, señor.

LEMOS. Nunca cruzó por mi mente (Severo.)
que el gusano de las flores,
osara alzarse imprudente,
hasta manchar insolente
sus matizados colores.
El ave de humilde nido
que ha visto la luz primera
en un peñasco escondido,
nunca con vuelo atrevido
sigue al águila altanera.

CERV. (Levantándose con los ojos fijos en el conde, absorto y sin comprender.)
Señor, ¿qué es lo que decis?
explicadme, yo os lo invoco.

LEMOS. ¿Pues acaso no lo ois?
¿no comprendeis y venis?
CERV. ¡Dios mio, estaré yo loco? (Estúdiese.)
LEMOS. ¡Sois el áspid de la pluma!
¡asi lo fueseis de espada!
que aunque prudencia presuma,
tanta audacia ya me abruma
y quiero verla enfrenada.
Con vuestros libros pensabais
hacer fortuna mejor,
y al ver que os equivocabais
sin reparo os trasformabáis
de burlas en urdidor.
CERV. ¿Estais, señor, ofendido?
LEMOS. ¿Lo sabeis y preguntais?
CERV. ¿Y yo el ofensor he sido?
¡En hora fatal nacido!
LEMOS. ¡Con bravas burlas estaís!
CERV. ¡Burlas! Cuando mi destino
á vuestras manos traia,
y en mi espinoso camino
vuestro nombre de continuo
de único faro servia.
¡Burlas! cuando pesaroso
y no creyendo enojaros,
iba á pedir presuroso
me dejaseis generoso
hasta Italia acompañaros. (Con dolor.)
LEMOS. ¿Vos á Italia? (Con ironia.)
CERV. (Sin comprender.) ¡Seré fiel,
seré vuestro esclavo allí!
LEMOS. ¿Y vuestro español laurel?
CERV. ¡Maldito laurel, que hiel
solo tiene para mí!! (Con fiereza.)
LEMOS. Mal de suerte, astucia cura.
CERV. ¡Para el mio no hay remedio!
LEMOS. Que lo buscais se asegura,
y dan por cosa segura
que no reparais el medio.
Id lejos de este palacio
á fingir vuestra virtud;
dejadme lugar y espacio;

quiero contemplar despacio
vuestra torpe ingratitud.

CERV. ¡Yo ingrato! ¡Dios soberano! (Asombrado.)
Yo que lloro agradecido,
y me desvelo y afano,
por besar la noble mano
que tanto me ha protegido!

LEMOS. ¿Venis al palacio ya
á recoger los favores?

CERV. ¡Ay, la razon se me vá!

LEMOS. Ved que son humo quizá
los premios de los traidores.

CERV. ¡Yo traidor! ¡firme repelo (Con arrogancia.)
esa calumnia grosera!

LEMOS. La inventó vuestro desvelo;
¡mas la venganza del cielo
junto á la mia os espera!

CERV. ¡Tanto insulto no comprendo!

LEMOS. Paciencia con vos tuve harta,
y pues que se acaba entiendo,
si podeis, id recogiendo
los pedazos de esa carta.

(Le arroja al rostro los pedazos del billete. Cervantes dá un rugido salvaje, que termina en un alarido doloroso, y cae de rodillas. Lemos sale por la izquierda.)

## ESCENA VIII.

CERVANTES, solo. Luego QUEVEDO, CATALINA y LEONELA.

CERV. (Queda un momento subyugado por la situacion, luego alza la cabeza, y con un acento entre fiero y lloroso, dice mirando al cielo y sin levantarse.)
¡Oh, momento infeliz! ¿Qué mas harian
los moros que en prisiones me tenian?
(Con amargura.)
¡No sueño! ¡por mi mal estoy despierto!
cierto es mi daño como siempre, cierto!
(Doloroso. Se levanta.)
¡Yo ingrato! ¡yo ultrajado! ¡yo, Dios bueno!
¡pon á mis iras con tu mano freno!

¡Señor, que marcas tus divinas huellas
(Conmovido.)
por ese cielo azul con las estrellas;
por el instante crüel, bárbaro y fiero
que morias pendiente de un madero,
calma el rigor de mi implacable suerte
con la feroz guadaña de la muerte!
¡El amor, la amistad, triste locura!
¡tan solo réstame la sepultura!!
Esa carta, mi honor... no lo comprendo:
¿será la muerte lo que estoy sintiendo?
(Con delirio. Tocándose el pecho con feroz alegria. Queda sentado en el sillon estrujándose el pecho. Entonces, despues de una pausa, aparecen por la puerta del fondo Quevedo, que lleva del brazo á Doña Catalina, seguidos de Leonela y precedidos de dos pajes del rey. En el rostro de los dos primeros se pintará la alegria: bajan todos despacio y se dirigen á la puerta primera de la izquierda, por la que salen, cruzando el teatro sin ver á Cervantes, oculto por el respaldo del sillon.)

CATAL. El rey su proteccion me ha prometido.
QUEV. Feliz por Dios nuestra entrevista ha sido:
ya os lo dije, le llaman el Piadoso.
CATAL. Al punto buscaremos á mi esposo;
¡cuánta felicidad que nos espera!
QUEV. El rey quiere cederos su litera.
Guiad vosotros. (Á los pajes.)
CATAL. ¿Sois mi caballero?
QUEV. Hasta el estribo acompañaros quiero.
(Desaparecen por la izquierda. Cervantes, saliendo de su éxtasis, ha oido los pasos de los que han salido cuando estos cruzaban el teatro, y volviéndose maquinalmente, los vé y reconoce: entonces se estremece, sus facciones se contraen, y agitándose convulsivamente sobre el sillon los sigue con chispeante mirada hasta que desapareren. En tanto, y conversando, aparecen en lo alto de la derecha Avellaneda, Espinel y Figueroa con otros tres Caballeros, todos los que bajan á la escena, como lo indica el diálogo.)

## ESCENA IX.

CERVANTES. Á poco AVELLANEDA, ESPINEL, FIGUEROA y TRES CABALLEROS. Luego DAMAS y CORTESANOS, y por último QUEVEDO.

CERV. (Viéndolos.)
¡Ah! ¡Qué veo! ¡Maldicion!!
¡Cerca la infamia se hallaba
y aun no me lo presagiaba
mi rebelde corazon!
¡Venganza, venganza, si!
¿Por qué tardo á confundirlos?
¡Yo quiero, debo seguirlos:
salgamos pronto de aqui!
(Lucha entre salir y quedarse.)
ESPINEL. ¡Lance chistoso, estupendo!
FIGUER. ¡Cuánto que reir dará!
AVELL. ¡Gracioso por Dios será!
CERV. ¡Dios mio! ¡Me estoy muriendo!
FIGUER. ¡Habla solo!
ESPINEL. Representa
algun paso de comedia.
FIGUER. Mas que tendrá de tragedia
el final, segun mi cuenta.
CERV. ¡Salir! no: le esperaré:
publicar su infamia quiero.
AVELL. ¡Cuánto divertirme espero!
CERV. (Con salvaje sacudida.)
¡Á los dos los mataré!
¡beberé su sangre impura
hasta que mi sed agote!
(Todos le rodean con algazara: él fija la mirada en los que le cercan con una especie de delirio, pero sereno.)
AVELL. ¿Inventais de *Don Quijote*
alguna nueva aventura?
¿Por qué ese gesto poneis,
maese Miguel, cuando todos
os rinden de varios modos
el culto que mereceis?

CERV. ¿Quién sois?
AVELL. Constantes amigos
que os estiman.
CERV. En buen hora.
(Me alegro: serán ahora
de mi venganza testigos.)
AVELL. Dias há que no os hallamos
para pediros consejos.
CERV. Por no estorbaros, los viejos
del mundo nos retiramos.
AVELL. ¿Qué pensamiento os altera?
¿por qué anoche os alejasteis,
y corridos nos dejasteis
sin despediros siquiera?
CERV. (Recordando.)
¡Anoche! ¡ahora! ¡no sé!...
¡Dejadme en paz, alejaos!
Pero no... no... no; quedaos.
AVELL. Ved que no comprendo á fé.
Turbado, por Dios, os veo.
Decid.
CERV. (Viendo salir por el fondo muchas damas y caballeros, que bajan y se esparcen por la escena.)
(¡Cuánta gente llega!
¡Parece que se congrega
para cumplir mi deseo!
Público ha sido el agravio,
segun lo que conocí;
pública pues hará aqui
hoy la venganza mi labio.)
ESPINEL. Sale la córte.
CERV. (Á todos, que le rodean.)
Venid,
señores, unos instantes:
os lo suplica Cervantes;
haceos rueda, y oid.
ESPINEL. ¡Caso raro, por mi vida!
FIGUER. ¿Qué irá á decir?
TODOS. ¡Escuchamos!
ESPINEL. Decid.
AVELL. No dudamos
será cosa divertida?

FIGUER. ¿Es de chistes?...
CERV. Un portento.
ESPINEL. Ya en vuestros ojos lo leo.
FIGUER. ¿Un entremés?
CERV. Segun creo
es un dramático cuento.
AVELL. ¿Cuento?
CERV. Ni el buen Timonedá
tiene en sus libros mejores.
ESPINEL. ¿Es cuento de encantadores?
CERV. Á los de Lope remeda.
Historia que causa horror
y al hombre cuerdo aconseja,
cuyo asunto se asemeja
al médico de su honor.—
Era un hombre que vivia
en completa soledad,
y á quien la cansada edad
lejos del mundo tenia:
perseguido del destino,
aunque rico de nobleza,
desengaños y pobreza
solo encontró en su camino.
Mas contento con la suerte
su pesadumbre llevaba,
y tranquilo caminaba
por la senda de la muerte;
que con desprecio profundo,
haciendo á sus males guerra,
no olvidaba que son tierra
todos los bienes del mundo.
En esta fiel conviccion
el pobre viejo se hallaba,
y tranquilidad gozaba
su mente y su corazon.
Un dia al campo salió
para admirar sus primores,
y tendida entre las flores
una paloma encontró.
Una paloma, caida
de su nido al parecer,
que hallábase á su entender

en aquel musgo perdida.
Tan jóven era, que alzar
apenas podia el vuelo,
y aleteaba por el suelo
sin lograrse remontar.
Con alegria, el anciano
la recogió presuroso,
y sus plumas cuidadoso
acarició con su mano.
La paloma, que sentia
de aquella mano el calor,
á su buen halagador
con arrullos respondia.
Llevóla el anciano á casa,
y en una jaula dorada
colocó al ave, obsequiada
con alimento sin tasa.
De entonces fué su contento
la paloma, que amorosa,
aleteaba generosa
en su florido aposento;
y tanto creció el cariño
del viejo á su compañera,
que él, al fin de su carrera,
comenzó á tornarse en niño.
Era el ave su ambicion,
su afan, y hasta sus amores;
era... las primeras flores
del árbol de su ilusion.
¡Mas cuán presto se hizo vana
tanta y única alegria,
al dejarse abierta un dia,
por descuido, la ventana.
Un palomo pasajero,
que al acaso caminaba
y los jardines cruzaba
de los espacios viajero,
en el cuarto penetró;
llegó á la jaula cerrada,
y su pared enrejada
á picotazos rompió.
Era el palomo gentil,

con tornasoles dorados,
pecho y espalda pintados,
pico y patas de marfil.
Tan luego como le vió
la paloma, acostumbrada
á la soledad, prendada
de tal belleza quedó.
Presto á salir se apresura
de la jaula en el instante,
y por el palomo amante
al viejo olvida perjura;
cambiando la paz y calma
de su nido tan cuidado
por volar con su adorado
sobre el laurel y la palma.
Volvió el anciano, y al ver
la triste jaula desierta,
y la ventanilla abierta,
todo lo llegó á entender.
Maldijo la cruda suerte
que de su bien le privaba...
mas ¡ay! el pobre llevaba
de entonces aqui la muerte!

(Señala el pecho. La ansiedad crece en todos, que como fascinados rodean al poeta. En este momento Quevedo entra por la izquierda, repara en lo que sucede y abriéndose paso llega hasta Cervantes, que al verlo se extremece y fija los ojos en él con fiereza )

QUEV. Estoy de hallaros contento.
(Como queriendo abrazarle.)
AVELL. ¡Don Francisco!
CERV. (Repeliendo y quedando fijo.)
¡Dios de Dios!
QUEV. ¡Albricias, amigo!
CERV. ¿Vos
llegais? acabó mi cuento.
TODOS. ¡Seguid!
CERV. No fuera razon.
(La hiel á mi labio asoma.)
¿Robó un ladron la paloma?
Pues bien, ¡ese es el ladron!
(Señala á Quevedo. Asombro general.)

TODOS. ¿Cómo?
QUEV. ¿Qué decis?
CERV. La suerte
le trae al fin á mi mano,
vá á conocer si un anciano
tiene pavor á la muerte!
ESPINEL. ¡Loco está!
QUEV. ¡Vuestro decoro
ved, Miguel! (Sin comprender.)
CERV. ¡Nada reparo!
Escuchad, soy un avaro
á quien robais su tesoro!
QUEV. ¡Qué pasa, que no adivino!
AVELL. (Á los suyos.)
Lejos vá.
ESPINEL. ¡Gracioso chiste!
AVELL. ¡Si hora Quevedo le embiste
tras de tanto desatino!...
CERV. ¡Salid á reñir!
QUEV. No puedo,
y reportaos, señor.
CERV. ¡Salid á reñir, traidor,
ó diré que teneis miedo!
QUEV. ¡Miedo! ¡vive Dios!
CERV. ¡Venid!
QUEV. ¡Dejadme!
CERV. Ved que os espera. (Saca la espada.)
QUEV. Antes que con vos, riñera
señor, con todo Madrid.
Es duelo que irrita á Dios,
en desecharlo estoy firme,
con vos no puedo batirme!...
(En este momento Quevedo repara en Avellaneda y sus amigos que en un lado se hallan riendo del caso; con rostro colérico y comprendiéndolo todo, avanza hácia D. Alonso, y dándole un gran golpe sobre el hombro, dice.)
¡Mas me batiré con vos! (Á Avellaneda.)
(Asombro general.)
AVELL. ¿Qué decis?
QUEV. Inmunda hiel
comprendí en vuestra mirada.

TODOS. ¡Cómo!
OTROS. ¡Señores!
QUEV. Mi espada (Con rabia.)
os aguarda. (Dirigiéndose á la izquierda.)
AVELL. ¡Vamos! (Con entereza.)
CERV. (Sin comprender y espantado deja caer la espada.)
¡Él!!
(Gran conmocion. Quevedo vá á salir, oye á Cervantes, y acercándose á él le dice con sarcasmo. Asombro general.)
QUEV. No extrañeis el frenesí
que provoca este combate,
aunque mi furia le mate
sobrarán tontos aquí.
CERV. (¿Si culpable no será?)
QUEV. Venid. (Á Avellaneda.)
CORTS. No. (Tratan de separarlos.)
CERV. Dudas me oprimen;
nunca así se explica el crimen...
Mente, inventa... ¡Já! ¡já! ¡já!
ESPINEL. ¿Qué es esto?
QUEV. ¡Cervantes!
CERV. Bravo:
nuestro intento conseguimos:
¡los vencimos! ¡los vencimos!
AVELL. Pero explicadme... si al cabo...
CERV. Poco tiene que explicar,
que lo diga el buen Quevedo,
á quien talento concedo...
mas yo lo quiero aclarar.
Viéndome tan despreciado
de la palaciega grey,
que el imperio siempre es rey
quise probar, y he probado.
Aquel gran razonamiento
del palomo y la paloma
fué una chanza, fué una broma,
niños sois y os conté un cuento:
ante este pobre, arrogantes
le dirigisteis desprecios!!
¡Qué puede un tropel de necios
contra Quevedo y Cervantes!

(Alma, oculta tus dolores,
antes de faltar, expia.)
¡Estrechad la diestra mia (Á Quevedo.)
delante de estos señores!
Ya de mi vida al ocaso,
¿cómo yo faltar pudiera
del talento á la lumbrera,
á la gloria del Parnaso?
¡Reid! reid de los dos:
el dios Momo es vuestro genio,
mas temblad ante el ingenio,
porque es antorcha de Dios.
¡Ay del que dude, señores,
del candor de la paloma!
¡Ay del que tome la broma
por celos desgarradores!
Turba que adulando en pos
del rey de las dos Castillas
andas tras él de rodillas...
yo, me inclino solo á Dios.
Y á las risas de desden
que lanzas sobre mi frente,
te contesto únicamente
con mi desprecio tambien.
¿Á mi libro criticais,
nobles de ilustres blasones?
para otras generaciones
lo escribí, no lo leais.
Buen Quevedo, afecto santo!
Turba de la España azote,
¡paso al autor del *Quijote*! (Con arrogancia.)
¡Plaza al Manco de Lepanto! (Con amargura.)

(Todos asombrados hacen paso á Cervantes, que vá á cruzar; vacila, lucha con la emocion y concluye por caer desmayado en brazos de Quevedo. Todos van hácia ellos, Quevedo los separa con dignidad. Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

El teatro representa la habitacion de Cervantes: balcon practicable al fondo: á la derecha la puerta de entrada, que figura comunicar á otras dependencias: á la izquierda, en primer término, una alcoba con cortinaje sencillo: al mismo lado, en segundo término, la puerta de un gabinete: entre este y la primera, una mesa con un estante contra la pared, y en él libros y papeles: sobre la mesa, tintero, papeles y varios basos y botellas: junto á la mesa, un gran sillon de baqueta, colocado frente al público; por el suelo tambien volúmenes y legajos; en el sitio mas conveniente un retrato de don Juan de Austria, y colgados debajo un casco de la época de Felipe II, una espada y un arcabuz. El todo de la escena debe aparecer pobre, pero aseada á la vez.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA CATALINA, el DOCTOR NUÑEZ y LEONELA.

Al alzarse el telon aparecen el doctor saliendo de la alcoba con Doña Catalina, y Leonela está con una luz, que dejará sobre la mesa, donde ya hay otra.

CATAL. ¿Y bien, doctor?
NUÑEZ. Por ahora
el peligro no se aleja;
pero descansa, y con esto

recobrará nuevas fuerzas.

CATAL. (Llorando.)
¡Triste de mí!

NUÑEZ. Ved que el llanto
nunca mitiga las penas,
antes mostrar es preciso
en tales casos, firmeza.
No lloreis, que cuando Dios
nuestra desdicha decreta,
es por ver si somos dignos
de merecer recompensa.

CATAL. ¡Que no llore, cuando pierdo
mi único bien en la tierra!
¡Destino cruel! cuando miro
cambiarse la suerte adversa
que siempre nos agobió,
cuando el mismo rey su diestra
nos tiende con protecciones,
ver la esperanza deshecha
cual una luz moribunda,
que al brillar con nueva fuerza
es heraldo de la muerte
que en sus resplandores lleva!

NUÑEZ. Pero decid, ¿cuál fué causa
de que su antigua dolencia
se agravase? ¿qué motivos
la enfermedad aceleran
á un triste fin?

CATAL. Los ignoro,
aunque el alma los presienta.
Era al medio dia, cuando
metido en una litera,
cercado de cien curiosos
que importunos la rodean,
varios pajes de palacio
condúcenlo á esta vivienda
sin sentido, moribundo;
vénse en su rostro las huellas
de la muerte, y el espanto
sangre y corazon me hielan.
Pregunto: fiero accidente
diz que en la morada régia

le acometió, y aun subyuga
sus sentidos y potencias.
Le ponemos en su lecho
sin desnudarle siquiera,
venis vos, y al acercaros
á su lado, la cabeza
meneais, como diciendo:
no hay remedio, es cosa hecha;
y antes de acudir al cuerpo,
para el alma es la receta.
¡Ordenais que le administren
la Sacra Uncion!...

NUÑEZ. ¡Era fuerza!

CATAL. Y al punto, sin dilaciones
cumplido el mandato queda.

NUÑEZ. Un peligroso desmayo
hizo en sus sentidos presa,
y hácia el sepulcro, arrastrado
tal accidente le lleva.
¿Volvió?

CATAL. Cuando el santo Óleo
marcó las sagradas huellas
sobre su frente, sus ojos
á la vida se despiertan
un instante, abriólos poco,
alzó un tanto la cabeza,
miró el acto que en silencio
en su lecho se celebra,
comprendiólo, y en sus labios
una sonrisa ligera
se dibujó de amargura;
á poco, con nueva fuerza,
volvióle el tenaz desmayo;
que aun le embarga y le sujeta.

NUÑEZ. Dadle lo que he recetado,
que él volverá.

CATAL. ¡Dios lo quiera!

NUÑEZ. Mas no por eso el peligro
os figureis que se aleja.

CATAL. ¿Conque es cierto? ¿conque cruel
la desgracia nos rodea
y se descubre la muerte

detras de su cabecera?

NUÑEZ. ¡Tal vez con el nuevo dia!...
perdonad que os entristezca.

CATAL. ¡Oh, Dios mio! ¡más no puedo!
buscar consuelos es fuerza
en el seno de su hermana,
la beata sor Andrea.
Ella ignora tal desdicha
desde el fondo de su celda:
quiero ir á las Trinitarias.

NUÑEZ. Pero... es tarde...

CATAL. Habiendo urgencia,
bien se pueden traspasar
del monasterio las reglas.

NUÑEZ. Seré vuestro acompañante.

CATAL. Gracias, pues.

NUÑEZ. Mi deber era.

CATAL. Corta será mi visita.
Escúchame, Leonela.
(Ap. á Leonela. El doctor en tanto está junto á la mesa como examinando los medicamentos.)
Hoy al venir me ha seguido
don Esteban de Villegas:
ignoro con qué derecho
tenaz mis pasos acecha.

LEONELA. (Ap.) (¡Sabrá!)

CATAL. Todo concluyó
entre los dos; asi es fuerza,
que si él ó su amigo osados,
con audacia se presentan,
le enteres lo sucedido;
le dices que nunca vuelva
con la constancia de un loco
á ponerse en mi carrera,
que soy noble y soy casada;
y por si acaso se empeña,
dále este billete y díle
que con reposo lo lea.
¿Vamos, doctor?

NUÑEZ. ¡Al momento!

CATAL. (Á Leonela, señalando la alcoba.)
No te apartes...

LEONELA. ¡Id sin pena!
CATAL. Ven y me darás el manto.
LEONELA. Y alumbraré la escalera,
que oscura está.
CATAL. (Al Doctor.) Si gustais...
NUÑEZ. Vamos.
CATAL. ¡Dios nos favorezca!
(Vánse por la derecha: Leonela se lleva la una luz.)

## ESCENA II.

Pausa. Despues de ella las cortinas de la alcoba se entreabren, y aparece CERVANTES, macilento y pálido, que vacilante apenas puede mantenerse en pié.

CERV. ¿Qué es esto?... ¿dónde estoy?... ¿dónde me
[hallo?...
¡Solo, y la muerte en las entrañas llevo!
(Se sienta en el sillon junto á la mesa.)
¡La muerte! ¿Y qué es la muerte? El desen-
[lace
de la comedia que en el mundo hacemos;
fin de lo dulce, abismo de lo amargo,
terror del malo, porvenir del bueno!...
¡Á una mujer amé, díla mi nombre,
y arrastrólo perjura por el suelo!...
Lemos su pan me dió, sus protecciones.
¡Tan solo beneficios hoy recuerdo!
Injurias olvidé: será mi carta
de gratitud hermoso testamento.
(Escribe, enjugándose de vez en cuando las lágrimas.)

## ESCENA III.

CERVANTES, oculto por el respaldo del sillon, LEONELA por la derecha con la luz, sin verle.

LEONELA. Desde el portal aceché
cuál los ocultó la esquina,
por temor que con su vuelta
pudiera ser sorprendida.

¡Qué soledad!... ¡Tengo miedo!
¡Mi pensamiento vacila!...
¡Tal vez de un cadáver, solo
me separa esa cortina!
Si despertase... ¡qué espanto!
¡Ay Dios! ¡tiemblo por mi vida!
Las ocho dieron: ya puede
que haya acudido á la cita,
por esta noche imposible;
mas no quiero que se diga
que tomo y no cumplo; debo
advertírselo: seria
una falta de honradez
sin ejemplo en mí: yo misma
le hablaré.

(Acércase al balcon poco á poco y le abre.)

CERV. (Oye ruido, cesa de escribir, y sin moverse dice.)
He sentido ruido.

(Vuelve la cabeza y vé á Leonela que se asoma al balcon.)
¡Qué veo!

LEONELA. ¡Bien lo decia!
Allí se encuentra plantado,
guardacanton de la esquina;
mas ya llega.

CERV. (No me engaño;
¡parece ser una cita!...
Es Leonela...)

LEONELA. (Figurando hablar con alguno de la calle.)
Imposible;
mañana será otro dia...
El amo está moribundo;
¿ignorabais tal desdicha?
Vamos, que estais importuno;
mas al fin se hace precisa:
tomad, tomad esta carta. (La arroja.)

CERV. ¡Un billete! ¡Fementida! (Estúdiese.)

LEONELA. ¿Le habeis visto?... Si, le coge,
y á la luz de la capilla
de enfrente lo lee...

CERV. ¡Destino,
ay, cuánto me martirizas!

LEONELA. Lo guarda y viene: ¿qué dice?
¿insiste en subir?... ¿Seria
el suspirado billete
alguna carta de cita?
¡Que no, digo!... ¡estais pesado!
Con la ronda de la villa
os vais á comprometer.
(Cae en el balcon el extremo de una escala de cuerda.)
¡Qué audacia!

CERV. ¡Qué villania!

LEONELA. (Sin atar la escala.)
¡Una escala! ¡Retiradla!
(Cae un bolsillo, que ella recoge presurosa. Examinándole.)
El oro es potente liga...
ligada estoy y la escala
ató: subid, y de prisa.
(Despues de atar la escala, y alumbrando.)
¡Subid, que mi mano tiembla!

CERV. (Que apoyado en el sillon, y luego como reanimado, ha llegado hasta ella sin que lo haya notado, la dice con furor y cogiéndola del brazo.)
¡La mia te hará ceniza!

LEONELA. (Con espanto y dejando caer la luz.)
¡Gran Dios! ¡Socorro!

CERV. ¡Silencio!
¡Verdugo de la honra mia!

LEONELA. ¡Ay triste de mí! ¡piedad!

CERV. Entra y calla, fementida.
(La encierra en el gabinete de la izquierda.)

## ESCENA IV.

CERVANTES se acerca al arcabuz; despues de escuchar con atencion lo descuelga, enciende la mecha, y colocándose apoyado tras la puerta del balcon se prepara para hacer fuego. La luz que hay sobre la mesa ilumina poco el último término: despues de una corta pausa de ansiedad VILLEGAS trepa poco á poco y dice los primeros versos desde el balcon.

CERV. (Con salvaje sacudida.)
Hoy cobra nuevo denuedo

mi abatido corazon;
¡en el dintel del balcon
finan tus sueños, Quevedo!

VILLEG. (Á media voz, con acento dulce y como invocando, dice sin traspasar el balcon.)

*Dulce vecino de la verde selva,*
*huésped eterno del abril florido,*
*vital aliento de la madre Venus,*
*céfiro blando,*
*si de mis ansias el amor supiste,*
*tú que las quejas del amor llevaste,*
*oye, no temas y á mi hermosa dile,*
*dile que muero.*
*La ingrata un dia mi dolor sabia,*
*la ingrata un tiempo mi dolor lloraba,*
*quísome un tiempo, mas agora temo,*
*temo sus iras.*
*Asi los dioses con amor paterno,*
*asi los cielos con amor benigno*
*nieguen al tiempo que feliz volares*
*nieve á la tierra.*
*Jamás el peso de lo nube parda*
*cuando amanece en la elevada cumbre*
*toque tus hombros, ni su mal granizo*
*hiera tus alas.* [1]

(Conforme Cervantes le ha ido oyendo se ha sorprendido notablemente y ha bajado el arcabuz hasta inclinarlo al suelo, sin comprender.)

CERV. ¡Gran Dios! ¿qué escucho?... ¡Ese acento no es el suyo!... ¡hay mas penar!

VILLEG. (Adelantándose.)

Hoy mis quejas quiero dar,
Leonela, solo al viento:
¡que no subiese me ruegas
cuando esa carta homicida
abrió dolorosa herida
en mi corazon!

CERV. (Reconociéndole y con voz ahogada.)

¡Villegas!!

(Le apunta y retrocede al punto.)

---

1 VILLEGAS, oda al *Céfiro*.

Pero no, no; sus infames
intentos saber deseo.

VILLEG. ¿Dónde estás que no te veo,
Leonela?

CERV. (Colocándose delante con los brazos cruzados.)
¡No la llames! (Estúdiese.)

VILLEG. ¡Cervantes!! (Con espanto.)

CERV. Si.

VILLEG. ¡Cielos!

CERV. ¡Yo!

VILLEG. ¡Infame traicion!

CERV. ¡Mentira!!
mas tu asombro no me admira,
muerto ya se me juzgó.
De mis amigos leales
entre el número te hallabas,
y en ese balcon trepabas
para ver mis funerales!
Pero te engañas por Dios,
que en vez de un cadáver yerto
te has topado con un muerto
que vá de tu muerte en pos.
Vuélveme mi honra... no cedo...
Espíritu... ayúdame...
¡Ven, acero, véngame!...
(Alcanza la espada de la pared, pero las fuerzas le faltan y la arroja.)
No puedo, Señor, no puedo!...

VILLEG. Yo, anciano, os he lastimado,
yo os hice dolor sentir;
pues bien, ya llego á pedir
mi perdon arrodillado! (Lo hace.)

CERV. ¡Jamás! ¡riñe, ó con mis brazos!...

VILLEG. ¡Matadme si os place asi,!
mas dejad que ponga aqui
mi acero roto en pedazos!
(Rompe su espada y la arroja á los pies de Cervantes: este retrocede.)
Anciano, á cuya presencia
no fuí jamás, aqui siento
un voraz remordimiento,
para el que pido clemencia:

jóven soy, las ilusiones
correr vi, y en mi locura
quise trepar á la altura
sin mirar los escalones.
No tan malo soy cual vos
pensasteis: firme lo digo;
y de mi verdad testigo
invoco el nombre de Dios!
Amé con correspondencia,
robó el destino mi amor,
y el perfume de esa flor
se llevó el viento de ausencia.
Pero desde estos instantes
vuestro quebranto me humilla:
no he de cubrir de mancilla
el nombre del gran Cervantes.
Mi alma se estremece inquieta
ante tal profanacion:
antes que mi corazon
es mi gloria de poeta.
Bendito sea el momento
que vuestro acento querido
ha llegado hasta mi oido:
con nuevas fuerzas me siento.
Santuario sois donde el sol
del genio su luz fulgura:
puesto al pie de vuestra altura
seré vuestro girasol!

CERV. ¿Será verdad? (Dudando.)

VILLEG. Porque os cuadre
y esteis de ello bien seguro,
arrodillado os lo juro
por el nombre de mi madre!

CERV. Orígen de mi quebranto, (Lo levanta.)
ya mis insultos corrijo:
¡nunca en vano jura un hijo
por un objeto tan santo!
¡Dime que en tan atrevida
empresa no tienes parte...
y hasta sabré perdonarte!

VILLEG. Tomad. (Dándole la carta.)

CERV. ¡Me vuelves la vida!...

(Con ansiedad: la toma y lee.)
«Don Alfonso, estoy casada:
»os amé cuando doncella:
»hora la honra de mi esposo
»quiero conservar ilesa:
»la carta enseñé á Quevedo
»do me deciais que fuera
»á su casa, donde herido
»mi esposo estaba; esta ofensa
»os la perdono. Quevedo
»del monarca á la presencia
»condújome, y ya he logrado
»que á mi marido proteja.
»No volvais jamás á verme,
»que es Miguel mi providencia.»
(Con alegria.)
¡Honor que en mi sueño loco
te ví ya girones hecho!
¡vuelve otra vez á mi pecho
para que respire un poco!
¡Ay apariencia tirana!
¡cuánto en un dia he sufrido!

VILLEG. Ya tu perdon conseguido,
partiré á Italia mañana:
bajo el extranjero cielo
del pais de los amores,
llevo las marchitas flores
que me ha secado este suelo!
¡Nunca volveré!

CERV. Afliccion
me causa tu afan, Villegas.

VILLEG. Señor, ¿tu perdon me niegas?

CERV. No: recibe mi perdon.
La cita de anoche queda
en esta carta explicada.

VILLEG. Era una burla inventada
por el torpe Avellaneda.

CERV. ¿Avellaneda?... el crisol
donde se apura el enredo!

VILLEG. Desafióle Quevedo,
de tus luces girasol.
Correr á palacio quiere,

porque el resultado dudo...

CERV. *¡El cobarde está desnudo,*
*aunque se vista de acero!* [1]

VILLEG. ¡Vóyme, señor!

CERV. De la gloria
alcanzad el galardon...
¿Os vais?... ¡quitad del balcon
esa escala infamatoria!
(Villegas vá confundido al balcon y descuelga la escala, que arroja á la calle.)

VILLEG. ¡Mi razon se desconcierta! (Á media voz.)

CERV. ¡Quitadla... en breves instantes!...
En la casa de Cervantes,
solo se entra por la puerta;
y aun eso sin tropezar,
que el que tropezando quiera
subir aqui, en la escalera
se suele siempre quedar.
¡Mas, Catalina!... (Viéndola.)

## ESCENA V.

DICHOS, CATALINA.

Catalina, con el manto, entra en este momento por la derecha, quedando admirada al ver á su esposo. Trae en la mano varias reliquias. Villegas, que acaba de descolgar la escala, queda parado y sin ser visto de la que llega hasta que lo indica el diálogo.

CATAL. ¡Qué veo!

CERV. ¡Esposa mia!

CATAL. ¡Señor!... (Temblando.)

CERV. ¿Á qué viene ese temor?

VILLEG. (¡Callad, voz de mi deseo!)

CATAL. ¿Vos de pié?

CERV. Milagro ha sido.

CATAL. ¡Acaso sea imprudencia!...

CERV. Es que durante tu ausencia
mucho bueno ha sucedido.

---

1 Cervantes, *El gallardo español.*

CATAL. ¿Leonela?
CERV. En otro aposento. (Con disgusto.)
¿Adónde vas tan ufana?
CATAL. Vengo de ver vuestra hermana,
y ahora llego del convento:
estas reliquias me dió:
que os sanarán asegura. (Con sencillez.)
CERV. Pobre hermana mia, cura
será que nadie logró.
CATAL. ¡Qué cambio! Señor, me asusta
esa calma.
CERV. No adivino
por qué: ya nuestro destino
cambióse, y esto me gusta.
CATAL. ¿Quién tal os dijo?
CERV. ¿Te entregas
á la admiracion asi?
¡Tal noticia trajo aqui
don Esteban de Villegas!
(Señalándoselo. Catalina dá un grito imperceptible. Villegas comprendiendo su situacion se adelanta con respeto. Cervantes domina el cuadro.)
CATAL. ¡Ah!
VILLEG. ¡Señora!
CERV. ¡Por mi vida!
Á Italia partir le importa,
su estancia en Madrid es corta:
¡viene á dar su despedida!
¿No es cierto, Esteban?...
VILLEG. (Fascinado.) ¡Señor!...
CERV. No os detengo, mas quisiera
si cansaros no temiera,
me otorgareis un favor,
¡último será! (Con amargura.)
VILLEG. Decid...
estoy pronto: de mi suerte
disponed en vida y muerte. (Arrebatado.)
CERV. En busca de Lemos id,
y perdonad mi impaciencia,
y si en su casa le hallais
esta carta le entregais,
mas hacedlo con urgencia.

VILLEG. Traed, al punto.
CERV. En ella digo
que ya voy á fenecer,
y que antes quisiera ver
al protector y al amigo.
Vete y respeta mi estado:
ya junto al sepulcro llego;
respétame tú ahora, y luego
tú serás el respetado.
¿Vencer tu ánimo aun deseas?
VILLEG. (Ahogado y sin poder hablar.)
¡Yo muero!
(Cervantes comprende lo que pasa en el ánimo de Villegas, y casi llorando dice.)
CERV. ¡No es ilusion!
VILLEG. (Pronto á romper en lloro, arrebatando la carta y huyendo con rapidez por la derecha, como avergonzado de hallarse en aquel sitio.)
¡Dadme!
CERV. ¡Tienes corazon!
¡Bendito! ¡Bendito seas!
(Arrojándole la bendicion y con gran grito.)
CATAL. (Comprendiendo de un golpe.)
¡Lo comprendo!
CERV. (Enseñando la carta que le dió Villegas.)
¿Á qué llorar?
¡Esta carta te vindica!
CATAL. ¡Mi carta!
CERV. ¡Ella sola explica!...
¡Hora es ya de perdonar!
(Abriendo los brazos.)

## ESCENA VI.

CERVANTES y CATALINA.

CATAL. ¡Piedad, esposo, clemencia!
CERV. ¿Piedad quien no ha delinquido?
¡Si ya en tu rostro he leido
las pruebas de tu inocencia!
En mi loca insensatez
troqué con mi amor fatal

tu corona virginal
por mis hielos de vejez. (Con amargura.)
Con egoista ambicion,
tu belleza y juventud
marchitó mi senectud...
¡yo imploro tu compasion!

CATAL. (Con todo el posible candor.)
¡Yo tambien siento hácia vos
ese celestial cariño
que tiene á su madre el niño,
que el justo profesa á Dios!
(En sentido narrativo, triste y dulce á la vez.)
Entre abrojos y maleza
nació una flor escondida,
que hizo brotar á la vida
el soplo de la tristeza:
jamás las brisas llegaron
á mecer su tallo frio,
ni las gotas del rocio
por sus hojas resbalaron;
que en la espesura olvidada
sintió correr su existencia,
sin adivinar la esencia
que su cáliz encerraba.
Un caminante llegó
ante la flor cierto dia,
y con febril alegria
de las breñas la arrancó.
Viéndola él triste morir,
y sin intentar agravios,
la dió el calor de sus labios,
y la flor tornó á vivir.
¿Cómo no amaros, señor, (Con ternura.)
ufana y reconocida,
si era yo la flor perdida
y vos sois mi salvador?
Báculo de mi horfandad,
de mis desgracias consuelo,
vos fuisteis el primer cielo
que brilló en mi oscuridad.

CERV. ¡Pobre soy! ¡triste destino
marcar supe á tus amores!

CATAL. Vos alfombrasteis con flores
de virtudes, mi camino.
Dejad que breves instantes
corra de alegria el llanto.
(Entre risas y sollozos.)
Nada hay mas noble, mas santo
para mi amor, que Cervantes.
(Con entusiasmo.)
Vuestro paternal cariño
ahora á renacer empieza,
que estas canas son corteza
con que se disfraza el niño. (Muy dulce.)
Tú, del Parnaso vèrjel,
bella enramada frondosa,
colocastes esta rosa
en tu florido dosel.
(Acariciándole con ternura.)
Yo soy la temprana flor
que cuidastes con esmero.
¿Qué es la flor sin jardinero
en el Eden del amor? (Con mucho cariño.)
Mi cielo, mi Eden, este es.
Tengo orgullo en ser tu amada,
y soy dichosa y honrada
adorándote á tus pies.

CERV. ¡Ángel de amor! ¿Si pudiera
ver mañana al rey, oh suerte!
¡Si por desdicha... la muerte
antes... ¡ay! me sorprendiera!

CATAL. ¡La muerte! (Espantada.)

CERV. ¡La siento aqui!
¡Perderte... cielos!

CATAL. ¡Señor,
no abrigueis ese temor!
Por compasion... ¡ay de mí! (Llorando.)

CERV. Yo bien quisiera obediente
tan triste cosa olvidar...
pero veo revolar
la muerte sobre mi frente.

CATAL. ¡Infeliz!

CERV. ¡Ay!

CATAL. ¿Morir vos?

¿Qué me quedará en el suelo?
CERV. ¡Yo imploraré tu consuelo
puesto á las plantas de Dios!
CATAL. ¡Esposo!
CERV. (La conmocion
me mata.) Salte un momento:
no temas... mejor me siento:
¡apetezco la oracion!
¡Quisiera orar!
CATAL. Anegada
en llanto espero...
CERV. ¡No llores!
Ya vendrán tiempos mejores.
CATAL. ¡En Dios fio!
CERV. (¡Desgraciada!)
(Le besa la mano.)

## ESCENA VII.

CERVANTES, solo.

Ya, llanto, gracias al cielo,
puedes salir á los ojos,
sin que me causen enojos
tus aguas de desconsuelo:
patrimonio son que el suelo
otorgó á mi cruda suerte,
y pues nadie puede verte,
corre llanto contenido
por mi rostro dolorido
antes que venga la muerte.
Ya que al fin la sepultura
me precipita en su seno,
una mirada sereno
tenderé desde su hondura;
quiero contemplar la anchura
de esa tierra donde ayer
solo encontré padecer
y hoy miro bella y florida,
pues nunca es mejor la vida
que cuando se vá á perder.
(Abre con precipitacion varios legajos y libros, que

recorre con afan.)
Papeles donde mi mente
escribió su pensamiento
despues de beber sediento
en la Castálica fuente;
¿por qué no ciñen mi frente
esas coronas divinas
que las musas peregrinas
tejen con laurel glorioso,
y no el cerco doloroso
de una diadema de espinas?
(Con amargura.)
Antes que el vivir se agote
quiero, mi Dios, sin tu agravio,
posar una vez el labio
sobre el libro del *Quijote*;
(Muy triste.)
siendo del necio el azote,
con sus desprecios luchando,
tu favor llegó implorando
hácia este libro estupendo,
¡que yo soñaba riendo
para escribirlo llorando!
Mundo que asi me abandonas
en brazos del menosprecio,
y con risas de desprecio
mis trabajos galardonas,
tus burlas serán coronas
que harán de mi huesa un trono;
la historia tengo en mi abono,
tu humillacion no me aterra,
contento dejo la tierra,
y al dejarla... ¡te perdono!
(Cae sobre los libros de la mesa.)

## ESCENA VIII.

DICHO, CATALINA, luego LEMOS y el DOCTOR, por la derecha.

CATAL. ¡Esposo!... levantad... ¡Socorro... amigos!...
NUÑEZ. No os altéreis, señora, que aun alienta.
CATAL. ¡Cervantes!...

CERV. ¿Quién me nombra? ¿quién osado?...
¡Ah! ¡perdon! ¿eras tú, fiel compañera?
no te asustes, tan solo una congoja;
tranquilízate, dime, ¿qué deseas?
CATAL. Dispensadme, señor... una visita...
feliz cambiando nuestra suerte empieza;
un magnate opulento á veros viene.
LEMOS. Y á postrar á esas plantas su soberbia,
genio eminente de la noble España.
Perdona al noble que á tus plantas llega:
yo te ultrajé por escuchar calumnias
con que quiso injuriarte Avellaneda.
CERV. Perdones... á quien yo... No sé qué siento!...
Una hora mas de vida, ¡oh Dios!
LEMOS. ¡Se acercan
de parte del monarca para daros
el laurel de oro!!
CERV. ¡Tarda recompensa!
¡Ese rumor! son ellos: tardan mucho,
no llegarán á tiempo: ¡suerte adversa!
¡soñar la dicha, suspirar, seguirla!
correr tras de su sombra por cogerla,
y al asirla por fin romper las redes
de mi sepulcro con la dura piedra!
CATAL. ¡Oh Dios!
LEMOS. ¡Oigo sus pasos!
CATAL. ¡Ah, doctor!
LEMOS. ¿No hay medio?
CERV. Adios! hijos, adios, velad mi huesa!
(Tendiendo una mirada sobre los libros.)
¡Quevedo! ¡Catalina! ¡Coronado!
Mi *Quijote*, mi gloria ¡Llega! ¡Llega!
laurel de oro, corona mis conceptos,
que otra corona allí Dios me reserva!
(Inclina la cabeza y espira.)

## ESCENA IX.

DICHOS, QUEVEDO, AVELLANEDA, que traerá el brazo izquierdo vendado, ESPINEL, FIGUEROA y CORTESANOS. Pajes con teas, y uno de ellos con una bandeja cubierta con un paño de brocado, soldados de la guardia tudesca, alguaciles, y por último pueblo de ambos sexos.

CATAL. ¡Cielos!
LEMOS. ¡Me mata el dolor!
QUEV. (Desde la puerta, en voz alta.)
¡Cervantes!
CATAL. (Al doctor, con ansiedad.)
¿Mi mal es cierto?
QUEV. ¡La dicha empieza! (Avanzando.)
NUÑEZ. ¡Está muerto!
¡Rogad por él al Señor! (Con solemnidad.)
TODOS. ¡Muerto! (Se descubren.)
QUEV. ¡Gran Dios!!
LEMOS. (Con amargura.) En el suelo
no encontrando dicha alguna,
vuela á buscar su fortuna
tras el pabellon del cielo!
CATAL. ¡Esposo mio! (Llorando.)
LEMOS. Llorad,
pues le perdisteis, señora;
mas ved que le presta ahora
vida la inmortalidad.
QUEV. La vida asi le abandona
en los brazos de la muerte,
cuando al fin la cruda suerte
le concede una corona! (Con dolor.)
CATAL. ¡Una corona!
QUEV. ¡Mirad!
(Descubre el paño que la oculta.)
Corona de laurel de oro,
de gloria rico tesoro,
que envia su majestad.
TODOS. ¡El rey!
QUEV. Pueblo fiel, cuya memoria
lega á tus sabios varones

coronas de bendiciones
perfumadas por la gloria;
no olvides que fué crisol
de virtudes y talento,
ese ignorado portento
del noble suelo español!
Vos, que solo despreciarle
(Á Avellaneda, que avergonzado toma la corona de manos del paje y la lleva á Quevedo.)
supisteis cuando vivia,
venid, y por vida mia
ayudadme á coronarle.
¡Augusta sombra del saber fecundo!
¡del vicio siempre formidable azote!
¡en tu libro inmortal de *Don Quijote*
un rayo de tu ingenio das al mundo!
¡Hoy vivo es mi dolor, grande, profundo!
mas al ver los fulgores centellantes
que de la tumba esparces deslumbrantes,
y á cuya lumbre mi cerviz se inclina,
¡¡la noble recompensa se adivina
que la posteridad guarda á CERVANTES!!
(Quevedo suspende la corona de laurel de oro sobre la cabeza de Cervantes: Catalina á sus pies sollozando: Lemos tras él, inclinado con respeto: Avellaneda lo mismo: Quevedo dominando el cuadro: los caballeros, pajes, etc., igualmente inclinados. El telon cae pausadamente.)

FIN DEL DRAMA.

---

*Habiendo sido examinado el presente drama, no hay dificultad en que su representacion se autorice.*

*Madrid* 19 *de abril de* 1861.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

# POST SCRIPTUM.

Desde mis mas tiernos años he sentido un cariño inmenso, incomprensible casi, hácia esa figura colosal que en el linde de dos centurias se alza imponente y majestuosa como la ráfaga del siglo XVI que desaparece, y la aureola del siglo XVII que comienza.

Sobre las rodillas paternales principié á balbucear el nombre de Cervantes; y los infortunios del pobre lisiado, los martirios del inmortal poeta han sido por mí admirados antes que comprendidos.

Al tomar la pluma para la presente composicion, á mi entusiasmo atendí, y no á la inconveniencia de semejante osadia.

Cervantes, filósofo, poeta, genio en fin, no cabia en los estrechos límites de una fábula dramática: menester era que la pluma de su apologista reuniese brillantes dotes para ello.

El Manco de Lepanto merecia ser comprendido por el Ciego de Smirna, pues solo Homero, el mendigo de Atenas, hubiese podido hallar en su genio la interpretacion de toda la grandeza del Cautivo en Argel.

Sin embargo, Cervantes, ademas de poeta, de historiador, de filósofo, ha sido mártir; y por en-

tre sus glorias póstumas se columbran sus llantos.

La grandeza de Cervantes fascina y ciega; sus desdichas entristecen y atraen.

La presente humilde composicion no pretende retratar al genio; es solo un débil rasgo de las amarguras del hombre.

*Cervantes*, como *Homero*, como *Milton*, como *Camoens*, habia apurado hasta las heces la copa del infortunio.

Retratar en una obra dramática á Cervantes como Príncipe de los ingenios españoles, era pretender un imposible; trazar su desgracia era mas fácil.

El genio se admira; el llanto se comprende.

Eso es lo único que he intentado con la presente obra; fingir una alegoria de las desventuras del anciano soldado, representar su época en Avellaneda, su posteridad en Quevedo.

¿Qué puedo querer significar en ese laurel de oro, nunca por CERVANTES conseguido, sino el grito de admiracion y reconocimiento con que el siglo de Quintana y Espronceda saluda al que mas honra y lustre ha dado á las letras españolas?

Sea esta débil composicion una ofrenda de lágrimas, un episodio de tristezas que mi entusiasmo dedica á la memoria del insigne autor del inmortal QUIJOTE.

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.

¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja *(Música)*
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.

3 0112 115875418

# CATALOGO

## DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin dela novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria).
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento...
La agenda de Correlargo.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.